

LA PROTESTA

PORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 CTS.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración : PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Diario de un soldado (1)

El general del ejército británico Sir Frederick Maurice, estampó a manera de prefacio, en la portada de este diario de guerra del soldado Ralph Scott, entre otras razones justificativas de la aparición del libro, estas palabras:

El único y poderoso medio para ir contra la guerra, residiría en que los hechos y episodios relatados en este diario, fuesen narrados en los libros de historia de las escuelas a fin de romper de una vez con la mentira de las valerosas cargas, del retorno victorioso y de las ruborizadas damiselas arrojando rosas a los pies de los conquistadores. Cada soldado sabe demasiado que si se rehúerán los textos de historia, colocando cuidadosamente, en vez de las mentiras y de la falsedad de las acciones guerreras, la escueta verdad descarnándola en todo lo que tiene de horrible se podría destruir el espíritu de la guerra más efectivamente que con todas las convencionales ligas concebidas por políticos de cerebros agotados.

Otro de los métodos quizás más eficaces según esta mosca blanca del militarismo de su patria, consistiría en un arreglo internacional para que cada nación se avizale a que su ejército se compusiera estrictamente del personal del gobierno. Una idea bastante original y rara, para que brote de la cabeza de un general. No atreviéndose a la supresión completa de los organismos militares, por su método trata de obligar a los que fraguan las catástrofes guerreras a intervenir en ellas. No hemos de discutir seriamente esta idea, porque expresa solamente un punto de vista personal y todavía encarado a medias. Si la presentamos fué para develar un aspecto ignorado en ciertos ambientes que están en un campo contrario al nuestro.

No dudamos que una de las tácticas de mayor resultado es minar la romántica concepción de la guerra anidada aún en millones de cabezas, sobre todo en quienes nunca tomaron parte en ella. La gran contienda no logró debelar esta leyenda del falso heroísmo de la bestia carnívora.

En este sentido, este libro no escrito por un profesional del pacifismo, si no por un vigoroso deportista de inteligencia práctica, quien no discute contra la guerra por principio y si por dura y cruda experiencia, es una verdadera exposición de testimonios de muda elocuencia. Solamente los que actuaron en esas horrosas jornadas, prolongadas durante cuatro años de matanza continua, no les parecerá exagerada la furia y la amargura que se desprende de ciertas escenas terribles y macabras, comprobando, en cambio, que era la realidad normal de todos los días.

Pero donde Scott alcanza el sumo de indignación patriótica, por decirlo así, es contra los falsos cultivadores del heroísmo guerrero estándose en sus casitas y contra los parásitos de los estados mayores, oficiales de academia y de salón, quienes amontonan disparates sobre disparates, sin importarles un ardite de la vida de los hombres. Se horroriza al pensar que todos esos sacrificios, todos los martirios padecidos por hombres mansos de corazón y valientes de espíritu — quienes nunca pensaron fuera posible una conflagración de tal magnitud a estas alturas, — fueron en vano y nunca influirán en la balanza de los acontecimientos universales, a fin de alejar posibles contiendas armadas. Exclama:

¡Y lo lastimoso de todo esto es que nadie llegará a comprender, ni nadie logrará comprenderse de estas ideas! Es haber vivido varias estaciones en el infierno el hecho de conocer esos largos y lanti-

nantes momentos, donde agazapada la muerte estaba cien veces en acecho, pero solamente han transcurrido un par de años y han olvidado toda esa avalancha de trágicas circunstancias.

—Ya pasó — dirán — es necesario que olvidemos, fué tan terrible!

Y ellos, los queridos compañeros míos de las trincheras, retornarán a la vieja rutina de los años pasados, sin honor, sin ideales, sin heroísmo, y volverán a ser las bestias de carga del taller, la oficina y de las usinas.

Una escena de las más características: Los sargentos hallaron un excelente lugar para plantar sus carpas, pero por allí había un muerto alemán. Decidieron enterrarlo, y en consecuencia ahondaron un hoyo ya cavado por un proyectil de grueso calibre. Luego se presentó el problema: ¿Cómo colocar el cadáver dentro de ese hoyo? El sargento mayor lo tomó por sus botas, y el furriel le agarró muy tímidamente por las mangas. Al izarlo, los brazos del muerto se le escaparon de las manos al furriel. Entonces éste se colocó la máscara que se usa contra los gases asfixiantes, y a palazos lo embutió dentro del hoyo. ¡Pro patria!

Este no es un pasaje de los menos impresionantes y macabros que posee este libro tan denso de episodios de una elocuencia que ninguna palabra ni ningún comentario podría intensificar.

Por cierto Ralph Scott no nos ahorra horrores; si que su intento finque en agrandar, melodramatizar las visiones de la guerra, porque proceder de manera contraria, sería falsificar la realidad, escamotear lo más punzante de ella por miedo de herir nuestras fibras sensibles. Y hace muy bien; es necesario que toda la repugnante fealdad de los hechos de guerra sea puesta en evidencia cada vez con más frecuencia, a fin de que entren en las mentalidades, se alojen en ellas y, si es que se puede, para siempre. Más pronto se olvidan los horrores guerreros, más pronto se producirán otras guerras. Hay que repetir y repasar hasta la saciedad estos episodios desdolorados para la especie humana; hay que hilar sin descanso la contraluz del romanticismo guerrero.

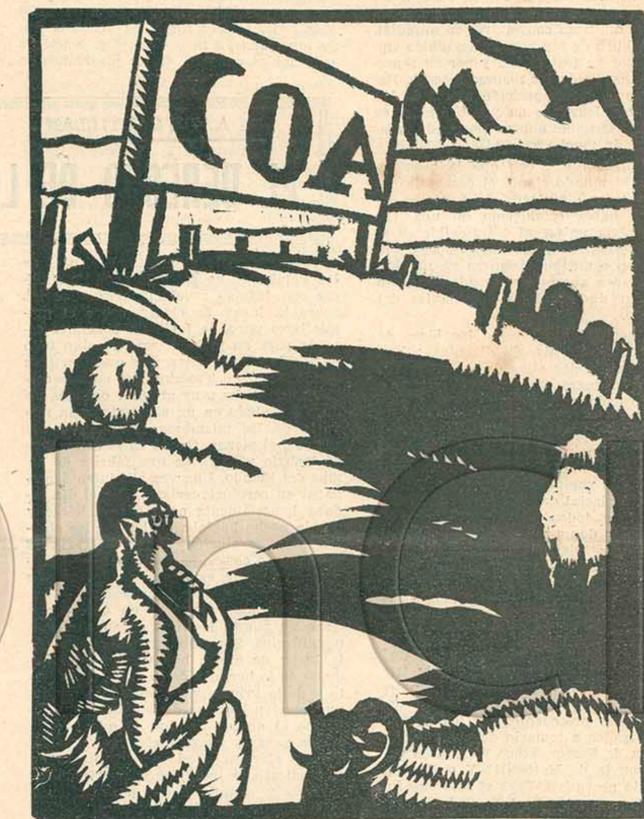
Y este libro — que infortunadamente no ha sido vertido del inglés al castellano — presentando solamente hechos sin argumentos y sin discusión, cumple su finalidad de recordarle a todo el mundo lo que es en sí la matanza a destajo de los campos de batalla.

Y nosotros, si apelamos a testimonios, situados a veces en un bando opuesto al nuestro, es por mantener viva con los más diversos medios la propaganda contra la caverna del militarismo.

(1) *A Soldier's Diary* by Ralph Scott. London: Collins.

ANTORCHAS VIVIENTES

La pantomima, que por voluntad del régimen fascista, plugo caprichosamente denominarse proceso judicial, en el que se debería enturbiar la memoria de Matteotti, fué jugada y finalmente rematada en Chieti por una compañía de saltimbanquis. El veredicto no pudo sorprender a nadie. Al contrario, era esperado *urbi et orbi*, por tirios y troyanos, por rojos y blancos. Pero se necesitó para llegar al resultado previsto un año y más de vastas eucubraciones para tramar su éxito, asegurándose que todos los que intervenirían en la pantomima supiesen de memo-



La Central Obrera Argentina como organización práctica y actual, atraerá a los elementos disciplinados, para bien de sus pastores.

nariz, poniendo luego a su vehemente peroración ese fastidioso suscitador calurosos aplausos. Hele aquí: *El dolor de la señora Matteotti nada tiene que ver con lo que se había dicho y hecho contra el hombre que toda Italia aclama ahora como su único dirigente.* Un fiscal, encargado de representar la parte civil, quien muestra cierta severidad efectista para la galería contra los acusados materiales del crimen y cubre con sus palabras de absolución al asesino moral, se merece un ascenso por ser, de todos, el fantoche que más acento de veracidad imprimiera a su parte.

Fué precisamente por eso, por hallarse seguros de la lección, que los acusados tuvieron prontas y listas sus coartadas; por eso Dumini pudo dar con la receta que explicaría la naturalísima muerte de Matteotti, diciendo que falló por consecuencia de una hemoptisis, es decir por falta de respiración, como morimos casi todos. Hasta le habían abastecido de un

término técnico, a fin de otorgar más visos de realidad a sus versiones falsas y antojadizas. Y por eso, también, un corresponsal extranjero pudo constatar que en Chieti flotaba un aire de fiesta que no concedia ni poco ni mucho que el proceso, cuyas sesiones se iniciarían para revestir con el sello de la legalidad una fama más de ese régimen de crímenes. Además, hubo de hacer constar que los acusados se hallaban rozagantes, alegres y sonrientes por el excelente trato culinario, como si en vez de ir a un lugar donde estaría en juego la libertad de cada uno, asistieran a una fiesta celebrada en su propio honor.

La pantomima llevada a término final, no nos interesa en sus detalles — glosados en la prensa periódica y diaria por la nuestra y la ajena — sino en su conjunto y en su significado de proyecciones sociales.

Son escasos los que vieron en ella un síntoma más de un estado de alma colectivo que amenaza convertirse en mundial. Si este hubo de ser uno de los tantos síntomas, por su teatralidad y por su repercusión liberticida los resume a todos. Revela que la descomposición moral de las sociedades, logrando su punto álgido, es un hecho tangible que ya no puede rebasarse ni ir mucho más allá.

La impasibilidad con que la atención de todo el mundo siguió el desarrollo de este grotesco simulacro de justicia, demuestra haber establecido de una vez que la regla universal e inflexible es el crimen, el latrocinio, la extorsión de la libertad por medios tiránicos en nombre de entidades abstractas, creadas a gusto y pañador de las clases dominantes del momento.

Han hecho tanto camino las ideas de violencia, de tiranía, de dictadura; han determinado todas ellas de tal modo numerosas las masacres, las expropiaciones a mano armada, y han propagado la guerra táctica por todos los ámbitos del globo, que el drama civil, teniendo como personaje principal a la figura sangrienta de Matteotti había de pasar desapercibido ante la complicidad gozosa y la indiferencia glacial de los demás gobiernos. Y, asimismo, todos están contestes en la perpetración de un nuevo crimen, sobre el ya cometido: crimen contra los derechos inermes y reivindicativos de una justicia mucho más alta que la fascista y que reside en la conciencia de la historia de la humanidad.

¿Pero, cuál nación, cuál colectividad podía erigirse en juez de la Italia fascista? Están lejos los tiempos en que la tragedia de Montjuich sublevaba de ira todos los pechos. Protestas platónicas o no, marcaban un precedente, que los tiranos eran obligados a tomarlo en cuenta. ¿La ejecución de Ferrer, acaso no guardó parecido con la de Matteotti? Y quién en el sentido peorativo. Pues si uno fue fusilado por un gobierno tras el desarrollo de una parodia judicial, el otro fue arrancado al hogar, secuestrado por sicarios de un gobierno, y nadie sabrá nunca las torturas físicas y morales que le hicieron padecer a la desventurada víctima antes de ultimarla. ¿Pero qué diferencia entre el silencio de esta tragedia y la vindicativa mundial de aquella?

Y no obstante que en aquellos tiempos dominaran idénticos sistemas de gobierno que hoy y el régimen societario fuese el mismo, azapados en su seno se mantenían incógnitos grupos dispersos que concretaban en sí una conciencia colmada de sentimientos altruistas y de una cultura humanitaria que gravitaba, ínfima en el nivel moral de las sociedades. Era un débil freno, roto en última instancia, cuando los poderosos se imponían a sangre y fuego; y a pesar de ello, los precedentes de las ignominias quedaban presentes en obras candentes. Han hecho época. Se han registrado indeleblemente en el martirologio del proletariado.

¿Cómo contar una por una, ahora, las víctimas? No hay ya tiempo. No nos dan lugar ni trezura para labrar estadísticas. Es que la reacción capitalista y autoritaria, con el concurso del neso muerto de las masas amorfas, ha emprendido la carrera que conducirá al paroxismo de los procedimientos tiránicos, extorsionadores de la pequeña parcela de libertad individual que nos queda, acompañada con todas las aberraciones, en una total descomposición ética, la cual el régimen fascista elevó al rango de ciencia infusa.

Ahora bien: en nuestro ambiente anarquista se ha clamado por la falta de

hombres eminentes, que surgieran o ingresaran en nuestras filas, o de neófitos militantes modestos que las engrasaran. Nunca la humanidad atravesó una oleada tan densa de grosero materialismo. Contemporáneamente no existe ninguna actividad que no se dirija al fin práctico de engordar — engordar intelectualmente, física y psicológicamente. Hasta en los sentimientos, los humanos se hacen más adiposos con la consecutiva hipertrofia de ellos.

¿De qué modo podríamos esperar nosotros, con nuestro ideal de sacrificio, de altruismo y desinterés — que no ofrece más ganancias que los sinsabores inherentes a toda lucha sincera — vitieran cerebros esclarecidos, o los modestos artesanos de ideas para amasar el pan cotidiano de nuestra doctrina?

No se ha comprendido aún que cuando ese ideatorio nivel moral que proporciona oxígeno a las sociedades y las limpia somera y periódicamente, llega a su nivel más bajo, ideales como los nuestros son los que tendrán menos adeptos. Nuestras más nobles visiones, en los pizarrones de

D. A. DE SANTILLAN
EL DERECHO DE LOS TRABAJADORES

Supongamos lo siguiente. Perico el de los Palotes es un pequeño caudillo sindical con infusas revolucionarias. Teoriza sobre la lucha de clases, sobre el gramatismo puro, se forja un sistemita cómodo para su malabarismo y sobre todo odia a los anarquistas más que Martínez Anido, Carlés o Trotzky. Ese odio le costó una desdicha muy grande: ocupaba un puesto rentado en un sindicato, y la mayoría de los miembros resolvió un día cortarle el pienso. Quedó en la calle. Buscó trabajo y entró en una fábrica de armas del Estado. Una vez allí intentó propagar su revolucionarismo. Por el día sudaba honestamente ocho o diez horas y por la noche hablaba en los locales obreros de la revolución. Según la teoría de la lucha de clases, — ese concepto de goma, que puede estirarse y engogerse a voluntad, según las circunstancias, — Perico el de los Palotes es un obrero que tiene un puesto legítimo en su sindicato metalúrgico. Sin embargo por encima de la lucha de clases hay un concepto humano de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto y de acuerdo a esa interpretación humana de las cosas, cuando Perico el de los Palotes, el que fabrica armas para la guardia civil y los soldados del ejército, acude a organizarse en su sindicato, se le da con la puerta en las narices, y cuando habla de revolución se le tapa la boca de un cañazo.

¿Y la lucha de clases? Dejámos de pamplicas. ¿Qué comunidad de intereses puede surgir entre el obrero y el guardia civil? Ninguna. Entre el obrero de la fábrica de municiones o de armas y el obrero de un oficio socialmente útil, existe la misma relación. Aun suponiendo que los sindicatos tengan por misión defender a los obreros nada más que contra los abusos patronales — ¡qué diablos nos importa que el Estado explote a los gendarmes, haga trabajar tantas y cuantas horas a los agentes de policía o azote a los trabajadores de las fábricas de armas? El concepto de solidaridad proletaria no puede estirarse tanto, y que nos perdonen los teóricos de la lucha de clases. Se podrá argüir que las necesidades materiales apremiantes, que los hijos, la madre y la abuela, piden pan, que ésto y lo de más allá! Lo comprendemos todo. No queremos tampoco llevar nuestra afirmación al extremo, entonces caería en el ridículo, pero si decimos que aquellos hombres que han perdido la dignidad hasta el punto de vender su fuerza de trabajo para labores tan abiertamente nocivas como la guardia civil o la de la fabricación de armas de guerra, están en un plano opuesto al de los demás trabajadores y lejos de quejarnos y de socorrerles cuando nos dicen que se les explota excesivamente, pensamos siempre que se les explota poco. Una buena tunda de palos del capataz o del teniente todos los días no estaría fuera de lugar.

La idea de la lucha de clases se quiso llevarla en Buenos Aires hacia 1919 y 1920

la conciencia contemporánea se cotizan muy bajo. Ante la realidad de los hechos, puestos de relieve más que nunca por los sucesos que confluyen en el triste sainete del proceso Matteotti, no son quejas ni jeremiadas las destinadas a, desmentirlos, a remediarlos, a contrarrestarlos, sino el silencio de la labor entupida en la acepción de la nueva cuestión.

¿No creen algunos que un mal conocido es más susceptible de embotar sus efectos que otro desconocido en absoluto?

Todo se halla en adecuar la propaganda para arrancar individuos, muchedumbres al Moloch materialista, que ahoga toda ansia de elevación hacia una dignidad moral. Comprendamos de una vez que frente al vertiginoso, arrasador progreso mecánico, científico y económico, nosotros, con nuestro credo anarquista, enarbolamos un problema hondamente moral, de puras y pristinas fuerzas éticas. Encarantar, revivir estas fuerzas como tantas antorchas vivientes, a fin de inflamar a las masas humanas, es nuestra más ingente tarea.

Nosotros no concebimos el anarquismo como un traje de día de fiesta, que nos quitamos y nos ponemos a voluntad, según las circunstancias. Tampoco es para nosotros la anarquía un sistema filosófico que podemos debatir en el club racionadamente, sin sentirnos ligados a él en nuestra vida privada o pública. La anarquía, a nuestro entender, no es tampoco un crimen, como la autoridad o la explotación. Aspiramos a que la humanidad entera sea anarquista y trabajamos todo lo que nos permiten nuestras fuerzas en ese sentido. Y nos hacemos también esta reflexión: Si la montaña no va a Mahoma, irá Mahoma a la montaña. Nosotros no nos contentamos con gritar nuestras ideas de cara al desierto, como el muezín desde lo alto del alminar. No nos conformamos con la propaganda pura, con arrojar la buena semilla con los ojos cerrados. Nos decimos: si la humanidad no viene a nosotros, vamos nosotros a la humanidad y sembramos allí donde hay perspectivas de buena cosecha: el mundo del trabajo, de los que sufren y de los que tienen hambre de pan y de justicia. Y constatamos una cosa: que en esa parte de la humanidad nuestras ideas son jubilosamente acogidas por una minoría consciente y más espiritualmente despierta, que el resto de los productores; y son acogidas, no como un credo que se les anuncia proféticamente, sino como algo inherente a ellos mismos, como algo que dormitaba en ellos mismos y que nosotros no hicimos más que estimular. Con esa minoría obrera que ha reconocido en nuestras ideas y aspiraciones sus propias aspiraciones e ideas, echamos las bases de un organismo de propaganda y de lucha defensiva y ofensiva, para que el esfuerzo individual sea más proficuo en resultados. Nuestras fuerzas personales se multiplican en la asociación; por eso fundamos nuestros organismos obreros. Y con esos organismos obreros, en medio del resto del proletariado organizado o desviado, propagamos en la vida cotidiana nuestras aspiraciones y luchamos para que la humanidad entera se encamine hacia la anarquía. Eso no es ningún delito desde el punto de vista humano, aunque lo sea desde el punto de vista legal. Nosotros no queremos explotar ni dominar a nadie, pero no queremos que nos exploten y nos dominen a nosotros tampoco, y más aún: no queremos que existan en forma alguna la explotación y la dominación del hombre por el hombre. Si encaminar el movimiento obrero hacia esa finalidad — la finalidad de la anarquía — es conspirar contra el movimiento obrero, entonces confesamos que nuestra inteligencia no da para tanto, es decir para atar esas moscas por el rabo.

Si nos replica airadamente: ¿Pero vosotros queréis imponer el anarquismo a todo el mundo! Nosotros no queremos imponer el anarquismo a nadie; pero no queremos que otros nos impongan sus sistemas o sus cuadraturas de círculo. Luchamos porque la humanidad entera se encamine hacia la anarquía. Y luchar no es entretenerse en hacer papirotos de papel. Luchar es luchar. Los obreros textiles de San Angel, México, se proclaman anarquistas y no por eso han dejado de ser obreros. No quieren imponer sus ideas, pero sí la organización de rompedueños del ministro Morones se pone en medio, dan una paliza a los pobres diables que se dejan manipular tan bobamente por los sinvergüenzas. Y si en defensa de los rompedueños vienen los soldados de Calles. Los reciben en balazos. ¡Qué horror! — gritará un pobre filósofo de Barcelona que reclama los derechos de los trabajadores. — eso no es lucha de clases, eso es desnaturalizar el

por algunos desequilibrados a su más grande extensión. Hubo algún sujeto que nos propuso en la prensa misma la sindicación de los ladrones y otros querían la sindicalización de los vigilantes. Si hubiéramos sido partidarios de la lucha de clases en la forma que la defienden algunos filósofos de Barcelona, habríamos formado una grandiosa Federación de la industria del robo, tal vez el mayor de nuestros organismos. En la Argentina, más que en ningún otro país, nuestros camaradas activos en el movimiento obrero están habituados a pasar una buena parte del año de prisión en prisión y como no existen allí departamentos especiales para presos políticos, se ha trabado una magnífica camaradería entre anarquistas y presos por delitos comunes; los anarquistas y los ladrones son la población habitual de las cárceles del país. En consecuencia, nos hubiera sido muy fácil formar la Federación de la industria del robo, imponer en ella una elevada cotización e incluso hacer reconocer por unanimidad el comunismo anárquico, entendido en sus más simples postulados: negación de la propiedad privada... de los capitalistas y abolición de los gendarmes.

Eso no debe causarnos risa. El hecho no se presta a tomarlo a la ligera, y a reír simplemente. Es un caso muy parecido, por lo que se refiere a la solidaridad proletaria, al caso de los obreros de las fábricas de armas de guerra. ¿Hermanos nuestros? ¡Muchas gracias!

Si los que fabrican las armas con que nos asesinan los cancerberos del privilegio son hermanos nuestros, entonces también lo son los ministros y los burgueses. ¡Hermanos ministros! ¡hermanos burgueses!

El diablo es sabio porque es viejo. A nosotros nos está ocurriendo lo mismo. Cada día observamos algo nuevo. Si nos hubiéramos echado a soñar, jamás habríamos visto cosas tan morrocotudas como las que nos ofrece el espectáculo del mundo revolucionario. ¡Vivir para ver!

Los propios anarquistas, y algunos de renombre mundial, nos aseguran que los trabajadores no pueden ni deben ser anarquistas y obrar como tales. Más exactamente: ellos hablan de los sindicatos, pero como los sindicatos se componen de trabajadores, suponemos que su punto de vista relativo al conjunto de trabajadores que forman un sindicato se aplica también a cada trabajador aisladamente.

Pero entre los que así hablan hay dos especies o categorías: unos niegan que los trabajadores puedan ser anarquistas porque el anarquismo es un elevado ideal filosófico cuya comprensión no está al alcance de los simples mortales. Para comprender el anarquismo hay que ser pedante, razonador, haber leído un montón de majaderías y disponer de una cabeza tan grande como una calabaza. En consecuencia, trabajadores semianalfabetos o alfabéticos, ignorantes que sois capaces de con-

fundir a Sócrates con Julio César, vosotros debéis despediros de llegar a comprender lo que quiere el anarquismo!

Los otros razonan más o menos así: Tú, trabajador, si eres anarquista entonces dejas de ser trabajador; elige, uno o lo otro. Pero sus palabras son: Un sindicato obrero anarquista deja de ser un sindicato obrero. Un movimiento obrero anarquista no es un movimiento obrero (¿?).

Esa scribúria nos deja turulatos. No sabemos qué responder a tanta profundidad de pensamiento — profundidad que por ser tal no alcanzamos a verle el fondo. Que se nos perdone nuestra dificultad para entender esas cosas y que aquellos a quienes nos referimos no digan si hemos entendido bien o si nuestro anarquismo varía substancialmente del anarquismo por ellos defendido.

Nosotros no concebimos el anarquismo como un traje de día de fiesta, que nos quitamos y nos ponemos a voluntad, según las circunstancias. Tampoco es para nosotros la anarquía un sistema filosófico que podemos debatir en el club racionadamente, sin sentirnos ligados a él en nuestra vida privada o pública. La anarquía, a nuestro entender, no es tampoco un crimen, como la autoridad o la explotación. Aspiramos a que la humanidad entera sea anarquista y trabajamos todo lo que nos permiten nuestras fuerzas en ese sentido. Y nos hacemos también esta reflexión: Si la montaña no va a Mahoma, irá Mahoma a la montaña. Nosotros no nos contentamos con gritar nuestras ideas de cara al desierto, como el muezín desde lo alto del alminar. No nos conformamos con la propaganda pura, con arrojar la buena semilla con los ojos cerrados. Nos decimos: si la humanidad no viene a nosotros, vamos nosotros a la humanidad y sembramos allí donde hay perspectivas de buena cosecha: el mundo del trabajo, de los que sufren y de los que tienen hambre de pan y de justicia. Y constatamos una cosa: que en esa parte de la humanidad nuestras ideas son jubilosamente acogidas por una minoría consciente y más espiritualmente despierta, que el resto de los productores; y son acogidas, no como un credo que se les anuncia proféticamente, sino como algo inherente a ellos mismos, como algo que dormitaba en ellos mismos y que nosotros no hicimos más que estimular. Con esa minoría obrera que ha reconocido en nuestras ideas y aspiraciones sus propias aspiraciones e ideas, echamos las bases de un organismo de propaganda y de lucha defensiva y ofensiva, para que el esfuerzo individual sea más proficuo en resultados. Nuestras fuerzas personales se multiplican en la asociación; por eso fundamos nuestros organismos obreros. Y con esos organismos obreros, en medio del resto del proletariado organizado o desviado, propagamos en la vida cotidiana nuestras aspiraciones y luchamos para que la humanidad entera se encamine hacia la anarquía. Eso no es ningún delito desde el punto de vista humano, aunque lo sea desde el punto de vista legal. Nosotros no queremos explotar ni dominar a nadie, pero no queremos que nos exploten y nos dominen a nosotros tampoco, y más aún: no queremos que existan en forma alguna la explotación y la dominación del hombre por el hombre. Si encaminar el movimiento obrero hacia esa finalidad — la finalidad de la anarquía — es conspirar contra el movimiento obrero, entonces confesamos que nuestra inteligencia no da para tanto, es decir para atar esas moscas por el rabo.

Si nos replica airadamente: ¿Pero vosotros queréis imponer el anarquismo a todo el mundo! Nosotros no queremos imponer el anarquismo a nadie; pero no queremos que otros nos impongan sus sistemas o sus cuadraturas de círculo. Luchamos porque la humanidad entera se encamine hacia la anarquía. Y luchar no es entretenerse en hacer papirotos de papel. Luchar es luchar. Los obreros textiles de San Angel, México, se proclaman anarquistas y no por eso han dejado de ser obreros. No quieren imponer sus ideas, pero sí la organización de rompedueños del ministro Morones se pone en medio, dan una paliza a los pobres diables que se dejan manipular tan bobamente por los sinvergüenzas. Y si en defensa de los rompedueños vienen los soldados de Calles. Los reciben en balazos. ¡Qué horror! — gritará un pobre filósofo de Barcelona que reclama los derechos de los trabajadores. — eso no es lucha de clases, eso es desnaturalizar el

movimiento obrero! ¡Todos los trabajadores son hermanos!

Los miembros de la C. R. O. M. son tan obreros y tan explotados como los de la C. G. T., con la diferencia que unos bendicen la explotación y los otros la maldicen. Según Pestaña, el que no reconoce que los obreros tienen derecho absoluto a decidir sobre sus destinos, es un idiota, un malvado, un ser sospechoso. ¡Muchas gracias! Los obreros de la C. R. O. Mexicana deciden servir de ganado electoral y el hecho de tener compañeros ministros les llena el estómago. ¡Tienen derecho a ello! ¡Son obreros! Otro día se proponen ofrecerse a los patronos de los establecimientos en que la C. G. T. declaró la huelga. ¡Son obreros, tienen derecho absoluto a disponer de sus destinos! Pero entonces también son obreros los miembros de la C. G. T. y las palizas que dan a sus adversarios bien dadas están! En ese terreno de los derechos de unos y otros entra a decidir la fuerza más bien que los discursos o las teorías sobre la lucha de clases.

¡Ah, — se dirá — es que las cosas deberían ser así o asao! Pero, amigos míos, las cosas son como son, y mientras no se modifique la estructura social y política en que vivimos, no hay que esperar que las cosas serán como deberían ser. ¡Por algo queremos la anarquía! Si las cosas estuvieran como debería estar, es decir según la libertad y la responsabilidad de todos y de cada uno, entonces no necesitaríamos pensar en la revolución.

¡Pestaña es enemigo de la dictadura en los sindicatos! Así escribe en los periódicos. El quiere la democracia. Lo curioso es que los que se dicen defensores de esa tesis son los que han implantado una dictadura insoportable en la Confederación y los que hacen y deshacen por su cuenta como les da la gana y entablan compromisos y pactos con nuestros más mortales enemigos. Para que Pestaña... viera derecho a hablar así, debería por comenzar a exigir que saliera de las sombras de la clandestinidad y de la dictadura el sistema de las conveniencias políticas con tirios y troyanos en nombre del proletariado organizado. Pero éste es otro asunto. Lo que defendemos es que los trabajadores tienen derecho a regir sus destinos de acuerdo al principio de la libertad y no de acuerdo al principio de la esclavitud. O al menos, si los trabajadores tienen derecho a resolver en el sindicato por mayoría que la salvación ha de esperarse de una serie de peregrinaciones a la virgen del Pilar o de la instauración de un gobierno "obrero y campesino", nosotros también tenemos el derecho a sabotar todo lo posible esos propósitos, a imposibilitarlos con todas nuestras fuerzas. El ser obrero no es bastante para obrar bien, ni nos exige de ser adversarios de la revolución. Por eso pensamos que si la mayoría de los sindicatos resuelven suicidarse, reconocer la iglesia católica, apostólica y romana o la dictadura moscovita, nuestro deber es desconocer esos derechos y contra esas desviaciones oponemos la finalidad anárquica de la vida. Mientras no se nos pruebe que el ideal de la anarquía desvía a la humanidad de su lógico desenvolvimiento, mientras no se nos demuestre que el anarquismo es un régimen de vida peor que el régimen de vida presente o peor que las panaceas bolcheviques, nuestro deber es impulsar a la humanidad hacia la anarquía. Para ello hay que luchar, propagar, organizar, hay que recurrir a todos los medios que no están en contradicción con nuestros fines. Esa labor revolucionaria supone dar y recibir golpes. ¡Luchar por la revolución no es entretenerse en hacer papirotos de papel ni masturbarse filosóficamente en defensa del sindicalismo puro! Es el colmo de la sofisticación o de la imbecilidad volver por los fueros del sindicalismo puro en un país como España y en un período en que el sindicalismo puede decirse triunfalmente que ha pasado a la historia.

¿Pero no es también un colmo oír a los anarquistas sostener la tesis peregrina de que los obreros no deben ser anarquistas y que no pueden serlo, porque entonces dejarían de ser obreros?

Otro sí digo: que el camarada Blas Núñez que nos quiere dar en un periódico sindicalista de Barcelona una lección de historia social, no conoce la historia ni por los forros.

Cosas de Rusia

La habitación.—

Transcribimos de *Pravda*, 24 de enero de 1926, lo que sigue, sin comentario alguno:

“El comisario del pueblo para asuntos interiores, compañero Beloborodof, comunicó que los factores principales, característicos de la situación actual, son los siguientes: un enorme déficit de habitación, la destrucción progresiva de las casas existentes y por fin una débil actividad edificadora.

La fórmula sanitaria mínima de ocho metros cuadrados es actualmente en una gran serie de distritos un ideal inaccesible. Hay casos en que la vivienda de un obrero se reduce a 2,50 metros cuadrados, tal es la situación real del problema de la vivienda.

La crisis de la habitación es aumentada por la circunstancia de tener una destrucción progresiva de los edificios. En Tula tenemos solamente un 10 por ciento de las casas que no necesitan reparaciones. En Ural hay un 7 por ciento de las casas totalmente destruidas y en consecuencia inapropiadas para habitarlas, y 80 por ciento exige una reparación continua y seria. Esa situación es el resultado de nuestra falsa política en el dominio de la vivienda.

Como el problema más importante de la política de la vivienda, el compañero Beloborodof indica el problema del alquiler. El comisariado del pueblo para el interior dispone en este momento de un gran material tomado de la elaboración de una encuesta sobre la vivienda en las provincias. Ese material demuestra ante todo que el aumento del alquiler llevado a cabo por el verano no ha producido ningún mejoramiento esencial en la vivienda. Mientras que en marzo (antes del aumento del alquiler), un espacio de 4,50 metros cuadrados era pagado por término medio 44,50 kopeks, en septiembre, después del aumento del alquiler costaba 60 kopeks. Ni la primera ni la segunda cifra corresponden con mucho al precio de costo, que es de dos rublos más.

El compañero Bolodorof caracteriza además el problema de la nueva edificación. Declara que si permanecemos en el ritmo actual de la nueva edificación, no seremos capaces de conservar la vivienda existente. Por estos motivos debe examinarse el asunto de la nueva edificación, pero simultáneamente emprender una comprobación de nuestros materiales de construcción, pues la nueva edificación puede ser paralizada por la falta de materiales de construcción.

La única salida de esa situación la ve el compañero Bolodorof en un aumento del alquiler de la vivienda, en tal medida que cubra los precios de costo. Es de opinión que el consejo de los comisarios del pueblo tiene que modificar fundamentalmente su política de la vivienda, que tiene que renunciar a la política de la beneficencia y pasar al principio de la economía (en otros términos, rentabilidad capitalista. Redacción.), como se hizo ya en los otros dominios de nuestra vida económica.

Después de un largo debate resolvió el consejo de los comisarios del pueblo adoptar una serie de medidas que deben paralizar la destrucción del capital en el ramo de la vivienda. Para impedir la limitación de la habitación existente, el consejo de los comisarios del pueblo resolvió, en babilonia, la necesidad de llegar a un estado de la vivienda satisfactorio, una nueva regulación de los alquileres (aumento de los mismos). El alquiler conservará aún un fundamento clasista. Para los trabajadores y empleados de las categorías de salario reducido el alquiler de la habitación debe basarse por ahora en los gastos para el mantenimiento y la renovación de la vivienda, para las categorías superiores el alquiler debe hacer posible una amortización y una rentabilidad del capital empleado en la construcción.

La vida obrera.—

De un periódico socialista, bien documentado tomamos lo siguiente: “Las quejas sobre la protección obrera completamente insuficiente en la república

obra y campesina son generales. Casi en todos los números del órgano central de las asociaciones sindicales soviéticas, “Trud”, hay rico material sobre este tema. Hace poco, por ejemplo, se quejaban los delegados al congreso de Odessa de los empleados de correos y telégrafos, así: “La protección obrera no existe. Las condiciones de la habitación son simplemente imposibles. Los obreros duermen en las oficinas sobre las mesas” (*Trud*, 24 de enero). Incluso en un centro industrial como Petersburgo fracasaron las comisiones de protección obrera, lo mismo que los inspectores de fábrica. Las primeras no hacen nada para velar porque las exigencias de los inspectores de fábrica sean cumplidas. No comunican siquiera a esos inspectores los males y las contravenciones a esas leyes de protección obrera. Los inspectores mismos, a menudo no comunican a la comisión de protección obrera los resultados de sus constataciones (*Trud*, 22 de enero). La consecuencia de ello son los accidentes de trabajo y las enfermedades profesionales. El número total de los accidentes en Leningrado en 1925 es casi tres veces más que respecto al de 1924, con una afluencia de sólo 50 por ciento de obreros ocupados; 7608 accidentes de trabajo en 1924 están frente a 21.889 en 1925. Sólo en los talleres tranviarios hubo desde mayo 78 accidentes de trabajo. Las causas de ese acrecentamiento las explica, entre otros, un artículo de *Trud* del 20 de enero. Describe las condiciones sanitarias increíbles en una gran fábrica de goma de Leningrado que ocupa 10.000 obreros. El trabajo se ejecuta a una temperatura insoportable, en un aire cargado de gases venenosas — la ventilación se organizará tan sólo en el curso de 1926 —, a las máquinas les faltan las instalaciones protectoras más elementales. Por eso hubo que registrar en la primera mitad de 1925 no menos de 576 accidentes de trabajo, frente a 568 en todo el año 1924. El número de las enfermedades obreras aumentó en un 9,5 por ciento (*Trud*, 20 de enero). Las mismas quejas llegan de todas partes. Donde la situación es peor es en las minas del distrito del Don. Casi al mismo tiempo dan la alarma la Ekonomitschskaya Shina, el órgano oficial del supremo consejo económico, del 14 de enero, y el *Trud*, del 9 de enero. Una comisión especial estudió allí desde octubre a diciembre la situación técnica de las minas. Ahora bien, sobre la base del trabajo de la comisión ha llegado el comité central de la federación minera al convencimiento que las minas desde el punto de vista técnico significan un peligro y exige la realización inmediata, de una serie de medidas. Ventilación, ayuda médica, agua, baños y otras condiciones elementales, faltan. Las leyes obreras relativas a la jornada, a las pausas, al trabajo de los jóvenes, a las pausas extras, etc., no son observadas. La inspección fracasa. La Ekonomitschskaya Shina describe impresiones del centro minero “Stalino” — denominado así en honor a Stalin, el hombre actualmente más poderoso de Rusia. La localidad constituye una vergüenza para el nombre, y su actividad honra poco al pueblo ruso. Se lee al comienzo del informe: “Hay 18.000 obreros aquí. Un poderoso establecimiento metalúrgico, fábrica química y minas. La ciudad no se puede comparar a nada. Sin agua, sin equalización, por todas partes barro impenetrable y pantanos; las habitaciones en cierto modo aceptables faltan por completo. Y una carestía como en Moscú”. Tal es el paraíso obrero, verdaderamente ni envidiable ni digno de imitación. Y luego siguen los cuadros de la indecible miseria de la habitación, la “embriaguez de los obreros”, etc. El obrero mira lleno de envidia cómo los campesinos de las localidades vecinas viven tranquilos y limpios y los campesinos miran con desprecio a los obreros sans-culots: — Obreros “sin pantalones” — esos son los obreros de la república obrera y campesina?...

Los problemas del salario están naturalmente en el centro de los intereses obreros. Se sabe que el retardado en el pago de los salarios ha producido numerosísimas huelgas. Pero *Trud* acaba de declarar que

está nuevamente en peligro la provisión de dinero para el pago de los salarios en las empresas del Estado (9 de enero). Han ocurrido ya casos en que los salarios obreros han quedado sin pagar. Con una cierta envidia constata *Trud*, el 20 de enero, que los salarios en las empresas privadas son más elevados que en las del Estado. Sin embargo, tampoco los salarios de las empresas privadas bastan para satisfacer las necesidades más apremiantes de la vida. El resultado es que los obreros piden adelantos a los capitalistas y de este modo llegan a una insoportable dependencia de ellos. El autor pide que las federaciones sindicales acojan finalmente a los obreros de las empresas privadas y que instauren cajas de ahorro. Pero en el mismo número de *Trud* se queja un obrero porque en el gran centro textil de Orjeskevo Suevo, los obreros de una gran fábrica, a pesar del enorme frío del invierno han tenido que andar sin abrigos y calzado correspondientes a la dureza de la temperatura, porque la caja no pudo satisfacer todas las demandas, y adelantados a cuenta del salario no se dieron. Por lo tanto la compra de ropa abrigada a plazos es imposible...

Todos estos hechos no son más que fragmentos, fragmentos insignificantes. ¿Qué es lo que vieron de esto las delegaciones obreras? ¿Y qué han contado de ello a los obreros europeos?...”

Dostoyevski condenado a trabajos forzados

En uno de los últimos números de la revista siberiana mensual “Sibirskiy Ogn” aparecen estudios históricos del escritor Viatkin, conocido investigador de la vida y la obra de Dostoyevski. Uno de los documentos sacados a relucir es una lista de los delincuentes políticos que se encontraba en junio de 1859 en el presidio de Omsk. En la lista figuran siete personas, entre ellas cuatro polacos (desterrados a Siberia por su participación en el movimiento polaco), luego se leen los nombres de Pawelarisof, Sergio Durof, Fedor Dostoyevski. Sobre cada uno de los presos se llenaba un formulario especial. Sobre Dostoyevski se encontró el siguiente formulario:

Nombre del preso: Fedor Michailovitch Dostoyevski.

Señas personales: Rostro blanco, puro, ojos grises, nariz ordinaria, cabellos rubios, un rasguño pequeño en la frente, sobre el ojo izquierdo.

Talla: vigoroso y firme.

Oficio: Ex-oficial en pensión. Motivos del destierro: Participación en una organización revolucionaria dirigida contra la iglesia griega-ortodoxa dominante, ataca al zarismo. Intento de excitación contra el poder imperante por medio de proclamas compuestas en litografías clandestinas.

¿Por resolución de quién es desterrado?: Por orden supremo en base a un informe del gobernador general.

Castigo: Pérdida de todos los honores y derechos civiles.

Conducta: Se porta muy bien. Duración del destierro: Cuatro años de presidio y entrega posterior al ejército como soldado raso.

¿Qué oficio conoce el preso, sabe leer y escribir?: El condenado a trabajos forzados sabe leer y escribir...

Ese condenado a trabajos forzados, que según el formulario de la prisión sabía leer y escribir, se había conquistado ya fama imperecedera por algunas de sus novelas.

¿Qué diferencia! Ved los escritorcillos de nuestros días, en cuerpo y alma al servicio de la tiranía política y económica dominante. Sobre ninguno de ellos recae desgraciadamente la “deshonra” de las persecuciones, de la cárcel, de las condenas monstruosas. Y es inmensamente triste que en un período tan trágico como el que vivimos, con dictaduras y crímenes autoritarios en todas las zonas del planeta, aquellos hombres que suponen marchar a la cabeza de la humanidad por su sensiblería estética, hayan llegado casi unánimemente al punto de negociar con el arte literario y a no conocer las prisiones más que por fuera. Más aún que triste, es una vergüenza para la literatura.

PABLO PICASSO

Haciéndole un flaco favor a Picasso, sus corifeos, literatos y poetas, le están aplicando adjetivos que le quedan un poco grandes al maestro indubitable de la pintura contemporánea en su faceta más rabiosamente moderna. André Salmon empieza por decirle: "Quel artiste, parmi les grands autenticquement de siècle, plus salubre apportant le redoutable trésor du Cubisme" (Qué artista, entre los grandes auténticamente de este siglo, fué más saludable, trayendo el tesoro del Cubismo?). Otros más arriesgados y quizás más neofitos, se abalanzan a tildarle de genio. No discutiremos por ahora la personalidad plástica del ingenioso inventor del cubismo. Ya una vez lo hicimos; aunque no se hallara fuera de lugar ajustar la calidad de los valores que le corresponden por derecho propio. Ello, siempre deteniéndonos alrededor de la sectaria definición de sus partidarios voluntariamente enneguecidos.

Primero de todo, Picasso surgió al ejercicio del arte marcado por el don de la oportunidad, en la confluencia de todas las más propicias condiciones. Algo así como el fenómeno napoleónico, en quien se maridan tanto las circunstancias terrenas como las potenciales virtudes de su temperamento, que parece realizarse el milagro de la fatalidad para enmarcarlo en la grupa de la fama mundial. También algo así como Rafael, que llega a tiempo para cumplir, cerrar un ciclo de arte, favorecido extraordinariamente por su versátil temperamento y las experiencias de sus predecesores; mientras que Picasso, igualmente afortunado y favorecido, arriba a tiempo, estando destinado a abrir, a iniciar una reacción, debido a ciertos factores de la evolución pictórica. A todas estas personalidades no se puede despojarlas de la ayuda que les presta la suerte, sin verlas palidecer.

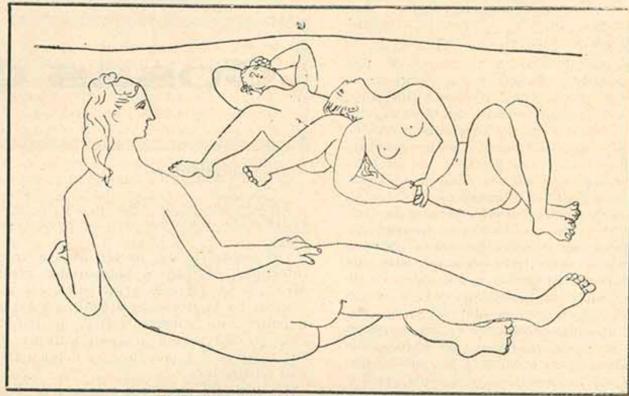
Ciertamente, por esas condiciones de versatilidad y erudición, resultó ser un gran receptor, recogiendo el fluido de las ideas que circulaban, impregnando el ambiente parisino literario y artístico. Mas si Picasso pudo ser el padre del cubismo, el verdadero abuelo, sin pensarlo ni saberlo, fué Cézanne, quien confesaba ver las formas más puras de la naturaleza bajo el desnudo aspecto de cubos, conos y esferas. Esa simple *trouaille*, o mejor constatación de uno de los más grandes trabajadores de la pintura moderna, no había más que exasperarla con la teoría plástica y la metafísica para que resultase una tendencia novadora.

Pero el maestro de Aix todavía estaba empachado con el sentimentalismo del color, embebido por los vericuetos del arte pictórico, debía desembarazarse de esta grave impedimenta sometiendo la composición a la disciplina del ingenio, del oficio friamente ejecutado: así todas las paradojas plásticas eran posibles y nacidas de los metafísicos estéticos. Nadie más apto que Picasso para este funambulismo malabar. Y si Picasso en ese tiempo fué el Dios máximo de las teorías cubistas, Apollinaire — el autor de "El poeta asesinado" — se hizo su profeta. De este modo, *coté a coté*, surgía una escuela literaria para auxilio mutuo.

Otro hombre ingenioso de vasta cultura personal — Ramiro de Maeztu — invocó las palabras de Platón cuando pone de patitas en la calle y fuera de su ideal republica a los pintores, diciéndoles: "Tú, pintor, me muestras una realidad de tercer orden: porque la primera es la realidad inteligible — la esencia de las cosas: la idea; el objeto sensible es ya la copia de la idea: una realidad de segundo orden; y tú me das la copia de la copia, la sombra de la sombra, una larva de otra larva, — es decir una realidad de tercer orden. Por lo tanto, propagador de las sombras, dos veces mendaz, te destierro de mi República."

Con esto que Maeztu escribió a raíz de un artículo sobre Picasso, se quería justificar con testimonios antiquísimos el cubismo. Era un mecester innecesario. La tendencia cubista tuvo mejores defensores; y asimismo se justifica sola, por ser un síntoma de una época eminentemente deportiva en todos los órdenes de las actividades humanas. Lo que nunca se le ocurrió a Don Ramiro es que, a la par que Platón echaba a los pintores, también quería recluir a los poetas en una isla de clima delicioso, expuesta a algún cataclismo para que los vates perecieran siquiera en belleza. El filósofo griego de testaba las dos ramas por igual, y tal vez entendería de versos — o más bien sentiría tanto la pintura y la poesía como muchos de nuestros filósofos, quienes intentan poner en retortas sus sensaciones estéticas.

¿Qué mejor se podría compenetrar con el espíritu deportivo y burgués de la época que este dinamismo impresionista de volúmenes y planos? A Picasso le cabe siempre la felicidad del hallazgo. Si no hubiese sido él, otro le habría descubierto El torbellino del ambiente lo exigía. Aho-



PABLO PICASSO — "Dibujo"

ra que el cubismo ha sido absorbido en la medida de lo más útil y ha invadido la arquitectura y las artes decorativas y aplicadas, no hay por qué discutirlo ni apasionarse. Quedará lo bueno que tenga, y basta. Y ahora que su autor pinta cubísticamente en ratos de expansión, y se ejercita durante todo el año en un neo clasicismo derivado de Ingres, — quien se inspiraba en Rafael — se puede de-

cidir serenamente si no primó en su vasta labor el ingenio, un ingenio endiablado, fortificado por una gran erudición de museos, o si verdaderamente en ella fué un creador con rasgos geniales.

Ardua cuestión. Terminemos con este epíteto, aplicado al dilecto Picasso por Salmón: *Artiste Neronien*. Nada más, ni menos. — At.

Algunos novelistas de la generación de 1895

CHARLES - LOUIS PHILIPPE

Charles Louis Philippe es uno de los novelistas más singulares de la llamada generación de 1895. Le colocaría de buena gana en uno de los polos, poniendo en el otro a los hermanos Tharaud. Representa la sensibilidad, la intuición, cierto desborde, y dentro de esos elementos los dos de la composición, la conciencia, el aire y la voluntad. En cambio, los Tharaud nacieron siendo ya clásicos: lo son por temperamento y cultura. Philippe fué un bárbaro, un rebelde, y muy rico de la materia humana que debe ser vaciada en la obra clásica.

Hijo de un galochero, nieto de un mendigo, venía de la viva entraña del pueblo. Criado por su madre en la aldea de Cerrilly, tuvo una niñez enfermiza y en extremo sensitiva. Cuando llegó a París — alrededor de los veinticinco años — se había convertido en un hombre de pequeña estatura, fornido, de "mirada aguda y penetrante tras los anteojos de gruesos cristales, que parecía hundirse en vuestro pensamiento, descendiendo en seguida en vuestro corazón para desaudar el alma" (1). Había adquirido una apariencia apreciable de salud. Era petizo, *pero morrudo*, como él se complacía en repetir. Pudo sostenerse mediante un modesto empleo en la municipalidad. Vivía solo en una casa de huéspedes, calle de los *Mauvais Garçon*; leía mucho. Al fin hubo de encontrar camaradas y amigos, formando parte del grupo *L'Enclot* (1896) conoció a los naturalistas y trabajaba con fiebre. Por lo pronto se halló con Mallarmé y René Ghil. Mas prestamente se desembarazó de esas influencias, de las cuales conservó cierto amaneramiento, una afectación literaria que le fué frecuentemente reprochada (2). Su emoción, que es profunda, se complica de un verbalismo artificial que desluce la expresión, aunque de pronto un centelleo súbito os esclarece hasta el fondo de vuestro ser.

"La buena Magdalena y la pobre María". "La Madre y el Niño" (3), pequeños volúmenes de páginas enternecidas, donde se desprende mucha dulzura y tristeza, por la frescura de su poesía ya se había atraído la atención de los escritores, antes de publicar *Ebub de Montparnasse* (1901), historia de una pobre muchacha y de su amante. La sobriedad patética, ca determinados pasajes, y la poderosa originalidad, conmovió a un mundo de refinados, a pesar de su tinte popular. Se había despojado de todo artificio y por instantes alcanzaba la pura y austera simplicidad que él buscaba con tanto ahínco.

Le Père Perdrix (El padre Perdiz) de asunto más ingrato, pertenece también a

una buena época del escritor. Atravesó, en seguida un período turbio, vaciante, durante el cual se esfuerza en desahogar su arte, profundizarlo y además endurecerlo; desde la lectura de Dostoyevski no ha llegado a Nietzsche; verdadera dolorosa etapa de búsquedas, de donde hubiese salido victorioso de no haber naufragado antes (*Maria Bonduca, Croquis*) desapareciendo, apresado por la muerte prematuramente (1909). Muchas de sus novelas escritas durante los últimos años de su vida y remidas en votumen bajo el título *Dans la petite Ville* (En la pequeña ciudad), demuestran que se hallaba en el preciso punto de realizarse enérgicamente. Obtiene efectos sin ningún esfuerzo, solamente enfrentando dos personajes, creando minutos psicológicos con una simplicidad sublime y escenas de una unión intensa admirable. Pone al desnudo los corazones. Esta obra es superior a *Charles Blanchard*, novela póstuma, dando, no obstante, con este libro la promesa de una perfección continuamente renovada.

La pérdida de Charles Louis Philippe a los treinta y ocho años ha sido deplorable. Su obra, lejos de hallarse terminada, habría realizado no solamente su personalidad, sino una de las posibilidades, una de las tendencias más profundas de nuestra generación. Expresaba con plenitud un aspecto, Francis James, Mme. de Noailles (4) se maravillan ante la naturaleza; en cambio Philippe, ante la selva de los sentimientos, experimenta las mismas maravillosas sensaciones de aquellos, y quizás más intensamente. Era hondamente humano. Intuitivo, advincaba de una manera casi femenina los sentimientos de sus personajes, y al traducirlos los compartía.

A menudo repetía que era un novelista de clase, pero si amaba a los humildes y los pobres, es porque se sentía más cerca de ellos; y sin embargo no dejaba de ser un artista refinado. Añadía aún: "No creo que el escritor necesite de una vasta cultura. Yo lo veo, al contrario, como un bárbaro, un salvaje. Es necesario que tenga el gusto de un salvaje" (5).

Esó es el sentimiento naturalista; la urgencia de sentir y ver directamente, de experimentar sensaciones simples y poderosas, de sentirse vivir intensamente; sentimiento que caracterizó a sus contemporáneos, haciéndoles amar a Walt Whitman y a Gauguin. Es la glorificación del instinto como un medio de comprender, — de ese instinto que más o menos conscientemente fué adorado por esa generación, y que le hizo aportar algo nuevo al arte.

El teatro de la nueva Alemania

No es ninguna "arrogancia teutónica" el afirmar que durante mucho tiempo ha sido Berlín la ciudad del mundo que posea un arte teatral más universal y progresivo. Pero hay que añadir al mismo tiempo que este teatro comienza a ofrecer ya señales de decadencia. ¿La causa? La infame, repugnante, estúpida guerra.

El inmortal Francisco Goya describió hace un siglo en una serie de admirables aguafuertes "Los desastres de la guerra". De vivir hoy debería completarlos con una nueva lámina simbólica que tuviese este subtítulo: "Antes y después".

La lámina representaría a la izquierda un "Teatro de antes de la guerra". En las plateas, espectadores idealistas, serios; en el escenario, rostros llenos de honda concentración... Como contraste, a la derecha, un "Teatro después de la guerra". En el escenario, griterío, ruido, sensacionalismo; en las plateas, el rastacuero internacional mezclado con los ostensibles nuevos ricos alemanes, con los beneficiados de la guerra — esa terrible casta humana que en Italia llaman "pesccecanti", en Francia "mercantis", en Inglaterra "profiteers" y en Alemania "schliebers" —. El cuadro de la izquierda debería llevar una inscripción: "Platea, 10 marcos"; el de la derecha: "Platea, 9.000 marcos".

Esta aguafuerte no sería aplicable a todos los teatros de Berlín pero sí, desgraciadamente, a la mayoría.

II

¡Ah! Los desastres de la guerra no son siempre sangrientos. Hay también otra clase de desastres — desastres civiles de la guerra — que produce amarga melancolía. Uno siente un dolor punzante al ver cómo una alta cultura estética... no perece, es cierto; pero, por el momento, decae.

Y, a pesar de todo, podría jurar (sin chauvinismo, basándose únicamente en los escenarios de otras partes) que Berlín sigue teniendo el teatro más rico en variaciones, más universal, más desarrollado del mundo. Todavía hoy Berlín es la única ciudad donde a veces se representan simultáneamente los siguientes dramaturgos: Shakespeare, Schiller, Molière, Calderón, Tirso de Molina, Goldoni, Plauto, Sófocles, Ibsen, Shaw, Maeterlinck, Strindberg, Echégaray, Rostand, Tagore, Tolstói, Chejov, Kleist, Heber, Hauptmann, Stritzler, Wedekind... y Verneuil. En Berlín se encuentra hoy todavía sitio (¡y valor!) para todo nuevo experimento teatral.

Ahora, que los experimentos de los últimos tiempos no siempre resultaron valiosos. De ellos tiene la culpa la guerra, no la revolución, que en último término fué sólo su consecuencia lógica. La guerra, que ha transformado la mentalidad del público de los teatros, haciéndola más grosera, más estúpida, más aficionada al escándalo y a la "sensación". E igual ha ocurrido con la mentalidad del "regisseur". Quiero mostrar brevemente el proceso del teatro de entonces... y del de hoy.

III

En la escena alemana la persona más importante no es el actor, sino el "regisseur". Lo principal no es el virtuosismo del actor aislado, sino la representación en conjunto. El "regisseur" alemán precisa y determina la entonación de cada palabra que se pronuncia en la escena. Ordena su "concepción" del drama. El es quien resuelve, por ejemplo, si "Hamlet" ha de representarse como una balada del Norte, o como obra psicológico-filosófica. A él le corresponde decidir si la timidez de Hamlet debe arrancar de un conflicto de conciencia, o de una neurastenia. Si Shillock debe ser interpretado como un criminal cómico o como un mártir trágico. El "regisseur" es el cerebro de la representación.

Los autores le siguen, como los músicos los movimientos de la batuta del director de orquesta. (El alemán es disciplinado y obedece; en la política, hasta

en general. En Philippe ese instinto le impela a descubrir en la existencia cotidiana cosas que para nosotros hubiesen permanecido en el mismo misterio que las envuelve. De un solo impulso se dirigía al centro de los seres, percibiendo sus razones esenciales de vivir. Fué al considerarlo desde ese ángulo, que León Bloy pudo decir que tuvo genio (6). "No obstante — escribe Michel Arnauld — el amor de los pobres, concentrando su visión, lo detiene en un círculo muy estrecho. El mundo donde se mueve Philippe no es el mundo a lo Balzac, donde criaturas perteneciendo a todas las clases sociales, malgrado su semejanza, conservan el mismo aire de realidad" (7).

Esto es muy cierto, aunque precisamente es lo que nos pareció más nuevo en las novelas de Charles Louis Philippe. Habla de los pobres y de los humildes, mostrándonos verdades que nosotros ignorábamos en absoluto, y fuera de todo lo convencional. Su punto de vista fué enteramente suyo. Rompió completamente con el realismo; su arte no es ni imparcial; arrancó sus libros de su corazón. Escribe con sangre — dijo Nietzsche — y sentirás que la sangre es espiritual.

Alrededor de Charles— Louis Philippe

Si Philippe fué un novelista de clase, como él mismo quiso serlo, se podría apartarle a otros escritores de idéntica tendencia, como Léa Frapie (*La maternité*) Emilio Guillaumin (*La Vie d'un simple*) — Vida de un simple — Lucien Jean, y el, Henri Bachelin y Pierre Hamp.

Enrique Bachelin tuvo un cariño entrañable por Philippe, y también a Jules Renard le profeso una admiración grande, por la perfección de su arte. Si sus personajes son pobres y humildes como los de su camarada, no es por el amor que concibe por ellos.

En el prólogo que puso al libro de Renard *Les Croportes*, con tono de ligero reproche escribió: "esa simpatía por los propios héroes, que nos fué importada de Rusia, a menos que nos haya venido del cielo." Pues, nada de amor, y sí respeto. Es lo que dice Marcel Coulin (8), añadiendo: *Respetar un ser es aceptar lo que nos ofrece y juzgar lo ofrecido tal como es en sí*. Es en consecuencia, una alta calidad de novelista el hecho de transportar en toda su verdad, que uno estima perfecta, y no tener predisposición alguna para embellecerlo o atearlo." Enrique Bachelin es un objetivo. Pinta los acontecimientos como los ve, sin enternecerse ni satirizarlos. Se emociona, sin embargo en el relato de un "Serviteur" — Servidor — que es la narración de la vida de su padre, que a propósito de quien escribió en *Bajo los techos humildes*: "No es una especie de hurto a tu pasado el que yo me propongo, ni nada reclamo de ti. Los pobres no son todo en el mundo". Bachelin, cuyo espíritu es fuerte y sólido, posee una filosofía menos frágil que la de Philippe. Se halla dotado de razón, como de sensibilidad en un singular equilibrio. Como novelista de una clase, si se lo quiere definir así, surgió del más humilde pueblo, que describe y conoce muy bien, no defiende ninguna doctrina social, así como tampoco lo hace Philippe (9), y si sus orígenes y sus gustos lo condujeron a un arte de clase, se convierte ahora en una lucha de clases con Pierre Hamp.

Sus producciones *Marca Fresca* (1909) fueron acogidas con favor por el mundo de las letras. *Marca Fresca* es la historia de un soldado, desde el momento que se pesca en alta mar hasta que será servido a la mesa en un gran restorán. Solamente, cuántos sufrimientos humanos entre la partida y la llegada. Pescadores, descargadores, arrastradores hombres, mujeres, niños, la lluvia, el frío, las esperas interminables, para terminar en esos croquis de la vida mundana tan acerbos y corrosivos como los de Forain (10). "El mismo procedimiento tratándose del champán o de perfumes." Pierre Hamp ha considerado especialmente la industria como puesta al servicio del lujo y de los goces de las clases adineradas, oposición brutal entre los episodios de la producción dolorosa y del consumo que es frívolo" (11).

Pierre Hamp, fué a los doce años aprendiz de pastelero, después cocinero; en seguida entra en las empresas de los ferro-

carriles en las obras de explotación; más tarde irá a la Escuela de los trabajos públicos, de donde egresa con el título de ingeniero y se convierte en inspector de trabajo. Su mérito principal, según Cremieux (12), sería el de haber sido el primer obrero, quien al hablar de sí mismo lo hizo con su alma de obrero. "Toda la vida humana se le aparece en función de trabajo y la fatiga de los hombres." Así el autor de los *Métiers Blessés* es un socialista apasionado y se hizo de la misión del escritor una idea mística. "Su verbo requiere la acción."

- (1) Charles Mar, en el número de Cahiers nivernais sobre Ch. L. Philippe.
- (2) Pierre Lasserre: Portraits et discussions.
- (3) Paul Souday. — Les livres du temps.
- (4) Le Cardonnel et Vellay: La Littérature contemporaine, pág. 168.
- (5) Idem, idem., página 219.
- (6) Michael Arnauld en el número de la Nouvelle Revue Française sobre Ch. L. Philippe.
- (7) En Les Marges, del 15 de junio de 1919.
- (8) "Philippe está con los pobres. Digo los pobres, y me asombra que L'Humanité ose cercarlo en el partido socialista unificado". — Nouvelle Revue Française, el mismo número citado.
- (9) Fernand Vanderem. Les Miroirs des Lettres.
- (10) Pierre Lievre, Les Marges, octubre 1923.
- (11) B. Cremieux. XX Siecle.
- (12) Artículo sobre Charles Louis Philippe en Vers et Prose, (Enero marzo de 1910).

(Concluirá)

ALVARO YUNQUE

¡ADELANTE!

De frac y en automóvil con lacayo, van los siete pecados capitales tirando sífilis por los suburbios y oro al asfalto de los bulevares.

Todos los ven pasar y todos callan, aunque la boca a todos se les transforme en cráter. Callan, mas la puteada que no dicen les pone ácido nítrico en la sangre.

¡Si la voz no saliera desde la misma boca por la que es imperante comer todos los días, qué verdades se oírían, qué verdades!

¿La verdad? Todos saben cuál es. ¡Todos sabemos! Cualquier Juan Pérez o José Fernández, la podría subir hasta las nubes si no tuviese miedo de reventar de hambre.

¿La verdad? Pues, la grita Barrett aunque reviente de puro miserable que, al fin, bien observados, no hay otra diferencia entre él y Don Juan Pérez o Don José Fernández: Su verdad callan éstos, y masean el mendrugo; el otro se las tira a la cara, y muere de hambre.

Y, entre tanto, podridos de riquezas y de sífilis van los siete pecados capitales... No hay tiempo de llorar sobre estas cosas, ¡adelante, adelante!..



PABLO PICASSO — "Desnuda"

el año 1914 obedeció por desgracia excesivamente.)

Alrededor del "regisseur" se concentra la crítica en la Prensa alemana. Se le juzga con mucha mayor severidad que a los actores. ¡Pobre de él si el tono del diálogo en Ibsen fué demasiado ligero, o en Dumas demasiado pesado! ¡Pobre de él si en los "Tejedores" de mi amigo Hauptmann no acertaba a destacar suficientemente el crepescendo del cuarto acto! El "regisseur" alemán es responsable, como el general de su brigada.

IV

Este estado de cosas existe entre nosotros sólo desde hace treinta años, desde que Otto Brahm emprendió su gran reforma del teatro. Brahm obligaba casi violentamente al público a aceptar a Ibsen y Hauptmann... del mismo modo que a un bebé se le hace tomar la leche contra su voluntad. Así consiguió intensificar el gusto de todo un pueblo. Fué, en una palabra, el creador de una escuela europea espiritual. A través de Berlín la obra de Ibsen llegó al mundo. Hace diez años que Brahm ha muerto. El gran "regisseur" ruso Stanislawski aprendió de él. Y de Stanislawski, a su vez, aprendió el sucesor de Brahm, Max Reinhardt.

Pero Reinhardt no era un "regisseur" para lo íntimo humano, sino para la vista. Dominaba mejor los efectos que las profundidades del alma. Era, respecto de Brahm, lo que la ejecutista Sarah Bernhardt respecto de la honda Eleonora Duse.

Hoy día Reinhardt resulta en Berlín una concepción rebasada. El "regisseur" de un nuevo presente — Leopoldo Jessner, director de la republicana "Staatsbühne" — se ha adelantado en el camino.

V

Partiendo del teatro espiritual de Brahm y del teatro pictórico de Reinhardt, Jessner nos da el teatro expresionista. Sin caer, no obstante, en las extravagancias de dicha orientación, como un maestro que posee el sentido de la proporción. ¿En qué consiste su arte? Siguiendo a ello a algunos predecesores suyos, Jessner renuncia a los decorados pomposos. ¿Por amor a la sencillez? Acaso también porque no tenemos dinero. (Gracián, traducido por Schopenhauer aconseja: "convertir los defectos en adornos, como César cubría su defecto físico con la corona de laurel.") Jessner nos ofrece una escena espartana, sin adornos. En el medio una escalera en la cual se desarrollan los acontecimientos principales. Esta escalera igual puede servir para representar una sala del trono que un campo de batalla, cubierto en el último caso por un paño rojo bermejo. En "Guillermo Tell" representa la montaña... de forma que ante nuestra vista aparece una Suiza matemática, estilizada. (Un símbolo sólo de Suiza.)

¿Por qué la escalera? Jessner quiere comprimir simbólicamente el contenido de algunas escenas, valiéndose de ciertas actitudes estatuarias del acto, y cree que la mejor manera de lograr la repartición simétrica, casi geométrica, de los actores dentro del escenario es sirviéndose de una escalera... Durante dos años esta escalera estuvo de gran moda en Berlín, pero las grandes cualidades de Jessner no residen en tales caprichos. Posee la facultad de condensar, como embujándolo, en una sola escena el carácter de todo un drama. Por ejemplo, bajo la "regie" de Jessner el protagonista de "Richard III", de Shakespeare, se agacha al principio sobre la concha del apuntador, como un buitre sobre un pedestal. Este fugaz momento crucial se convierte en un símbolo para todo el drama. Jessner da una visión sinóptica del drama. Expone su esencia; de ahí la palabra "expresionismo".

VI

Otro caso. En "Fiesco", de Schiller, el héroe, al volver de la victoria recibe la noticia de la muerte de su mujer. En la representación que nos da Jessner se ve arriba, en los peldaños de la escalera, al vencedor seguido de su séquito; las banderas triunfales ondean simétricamente en derredor del cortejo; pero el aire que envuelve el cuadro es turbio y siniestro de tal modo, que allí no sólo se representa, una escena determinada de una obra concreta, sino que se expresa a la

vez todo el concepto de "Triunfo y tristeza". Símbolo-expresionismo.

O cuando Richard III sube al trono, se percibe a lo largo de la escalera, a izquierda y derecha, una serie de dignatarios sobre todos los peldaños, hasta el fondo, como un símbolo de "Súbditos y autocracia". El lector comprende; ya no se trata aquí de la representación de una obra, sino de una fantasía sobre una obra. Jessner fantasea sobre Shakespeare, como un pianista sobre un tema de Bach. El "regisseur" expresionista no reproduce sólo las escenas de un poema, crea una serie de viñetas con el poema como fondo. La vanidad de Jessner no está sólo en ofrecer el drama, sino el extracto del drama. ¿Sofistería? Acaso. Pero Jessner es, además, un gran "regisseur", por la admirable concentración que logra dar a la palabra hablada. Por la intensidad del "tempo", que domina como si lo tuviera, bajo un látigo. Apresurándose a decir (y ahí reside el lado humorístico de todo esto) que Jessner ha renunciado ya hoy al expresionismo, lo mismo que... desde hace cuatro años, no pinta a lo cubista, sino a lo razonable... En tales casos viene a mi memoria una rina de gallos que presencié en Sevilla. El gallo vencedor corría la misma suerte que el vencido; ambos eran degollados. El expresionismo ha triunfado sobre el impresionismo, pero también el expresionismo será degollado.

VII

Jessner no es en la Alemania de hoy el único "regisseur" expresionista, aunque sí el mejor. (Berger, K. Martin, Feilbig, merecen ser nombrados.) A su sombra florecen el desorden y la locura — locura expresionista y de otras clases —. Sólo lo paradójico se cultiva. El caso es "éxter" a cualquier precio. Les da ahora por representar el "Tartufo" con vestidos modernos de calle. Los hombres de Moliere fuman cigarrillos egipcios y llevan los pantalones con vueltas, a la última moda. Si se trata de "Hamlet", los personajes visten con toda modernidad; pero en Strindberg se ve a los obreros de las fábricas con trajes color lila, rojo, verde o amarillo. De este modo las figuras de la balada de Hamlet se paseara por la escena como si anduvieran por "Unter der Linden", mientras los personajes de la época industrial parecen pájaros de la leyenda del paraíso. Todo esto no es en el fondo sino señales de la degeneración.

Se hace mover las masas con la regularidad de muñecos mecánicos, convirtiéndose así la escena en una serie de cuadros sistemáticos. Es un principio descabellado el que los momentos culminantes de un drama únicamente pueden desarrollarse en el centro mismo del escenario. Y hasta hay quien pide que el personaje o los personajes que encarnan en la obra la bondad y la moral aparezcan colocados un medio metro más alto que la canalla. Es la vuelta a un arte infantil, a un arte de los pueblos primitivos.

VIII

Max Reinhardt, que, aunque dotado en muchos sentidos, se deja arrastrar a menudo por su caprichoso deseo de nuevas sensaciones, ha preparado la decadencia del teatro. Sería un poco injusto llamarle el "Barnum de la escena", como alguien ha dicho; pero (la pluma se resiste a escribirlo) él fué quien representó "Hamlet" en un circo. ¡Un drama de pensamientos en un circo para 5.000 espectadores!... Una barbaridad. En este "Mammuth Theater" no cabe hablar. Hay que berrear. Imposible lograr ninguna sutileza, de tono, ningún matiz. Las figuras trágicas tienen que correr por el circo; no pueden andar a causa de las distancias. Todo esto no es sino un asesinato del noble arte dramático. Un producto de la destinada obsesión del reclamo. El fracaso de dicha tentativa obligó a Reinhardt a irse de Berlín.

Los actores confundíanse con el público. La mímica se extendía entre las filas de butacas. Espectadores y actores debían formar una "comunidad"; de esta manera pretendíase crear una "intimidación mayor". En realidad sólo se conseguía perturbar la imaginación del espectador. La bancarrota moral de semejante empresa era inevitable. En el "Teatro de los cinco mil" han comenzado ya ahora a representar operetas...

En general puede considerarse el expresionismo escénico como rebasado en

Alemania. Y por eso me asombró el ver hace algunos meses en los teatros de Nueva York (en la representación del drama de Eugen O'Neil "The Hairy Ape") que este estilo expresionista, ya medio abandonado entre nosotros, se festejaba allí como una novedad revolucionaria...

IX

Berlín ofrece todavía en algunos de sus teatros un arte dramático serio y valioso. Pero la principal virtud de la escena alemana, la armonía en la representación de conjunto, ha sido en los últimos tiempos muy descuidada. La situación económica obliga al actor a trabajar hoy en un teatro, mañana en otro. El "cine", que paga más, los desvía de su camino. Un público bien diferente del de antes, los "nouveaux riches", llena hoy los teatros; un público de instintos más toscos y al que no le interesa la interpretación de conjunto, sino el "virtuosismo" de tal actor o tal actriz. Pide cosas truculentas. Llegan todavía consigo, en los nervios, el ruido de la guerra, o las excitaciones de la Bolsa. Y puesto que se trata sobre todo de complacer a este público internacional, en Berlín se representa ahora obras obscenas, sin ningún valor literario, para los extranjeros que no entienden el idioma, pero sí la pantomima...

Si la guerra tiene la culpa de todo. Seiscientos años antes de la era cristiana, Leo-Tse, el filósofo chino escribía ya: "Donde hubo guerra, crecen espinas, y a ello no ofrece cosechas. Y no cabe dudar de su sabiduría, pues, según la convicción de los chinos, él era "el hijo de un rayo de sol y de una muchacha campesina". (Al menos la muchacha campesina lo afirmaba así).

ALFRED KERR

BIBLIOGRAFIA

Alexandra Kollontay — "Wege der Liebe" (Caminos del amor). Tres relatos, 410 págs. en 8.º — Malik Verlag, Berlín (1925).—

Los magnates bolchevistas sufren casi todos alguna desviación mental hacia la literatura, la teoría socialista, el comercio, la diplomacia, etc. Desde que están en el poder consideran como una de las misiones más esenciales la de emborronar cartillas; los libros de los dictadores bolchevistas en estos últimos años son incontables; todos creen tener algo que decir y como disponen de los medios para hacerse oír, es decir para someter las impresiones de la república soviética a sus ambiciones literarias, los libros se suceden a los libros y en la montaña de papel impreso que nos transmite la Rusia oficial, apenas encontramos con muchos esfuerzos algo que esté destinado a quedar en la memoria de las generaciones futuras.

El ministro de instrucción pública, Lunatschsky, entre decreto y decreto, ha escrito un drama con el título *El Don Quijote Liberado*; nada tendríamos que objetarle si el drama fuera bueno y si no hubiese hecho servir a nuestro Don Quijote para sus fines partidistas, haciendo una caricatura de una de las más nobles figuras humanas, tan caracterizadas por Cervantes como el Hamlet de Shakespeare o el Fausto de Goethe. Hay derecho a tomar una de esas figuras universales del espíritu humano, pero a lo que no hay derecho es a poner en sus labios y en su conducta palabras y actos diametralmente opuestos a los que son lógicos en el carácter magistralmente definido de esos personajes. El Don Quijote que nos ofrece Lunatschsky es una infamia ministerial y nosotros reivindicamos tanto más al héroe de la Mancha, cuanto que su espíritu no nos es desconocido ni ajeno. Por lo demás el ministro ruso ha querido simbolizar en el Don Quijote, parece, el espíritu anarquista y demostrar que si la revolución no fué más lejos la culpa está en la chifladura de Don Quijote que no quiso apoyar la dictadura proletaria.

Un libro que se lee con placer y con provecho es el de Alejandra Kollontay, traducido recientemente al alemán con el título de *Wege der Liebe*. Son tres relatos interesantes desde el punto de vista, del valor literario y de los problemas que

plantea y que, naturalmente, no resuelve. Esos tres relatos equivalen a todo un curso sobre ética amorosa; reflejan los comienzos de una moral erótica nueva. La revolución rusa ha contribuido mucho a quebrantar los viejos dogmas del amor y ha planteado conflictos espirituales que todavía no fueron fijados en leyes bolchevistas.

Desde el punto de vista sexual hubo en Rusia, más que desde el punto de vista económico y político, un faneable progreso revolucionario; las viejas leyes morales han sufrido un formidable quebranto; las nuevas generaciones pasaron por sobre los prejuicios anacrónicos de la hipocresía social y los comisarios no han podido canalizar o echar o perder totalmente esa vida del corazón como cañallaron y echaron a perder la vida política y económica rusa. El libro de Kollontay plantea en bella forma los conflictos y tragedias del parto de la nueva moral amorosa. La poligamia, la poliandria, la maternidad sin paternidad responsable, el aborto, el placer físico sin el amor, etc. Es interesante leer esos relatos para ensanchar el espíritu en estas cuestiones que en todos, más o menos, tenemos nuestros prejuicios.

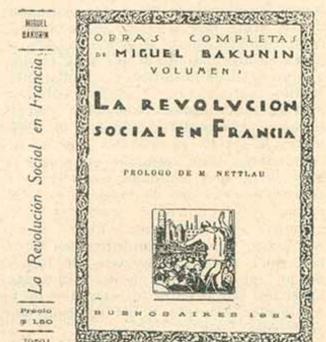
¿Cuál es la forma de la coexistencia social mejor? ¿Cuáles son los límites de lo bueno y lo malo, de lo permitido y de lo repudiado en la moral del amor? Es muy difícil decirlo y apenas se puede prever para el porvenir una solución puramente individual y una amplia tolerancia mutua.

En el relato titulado *Wassilissa Matigyna*, sin embargo, encontramos uno de los tantos efectos del sentimiento antimarxista de los bolchevistas: de derecha y de izquierda y del centro; Alejandra Kollontay nos presenta un anarquista, de su invención, buen revolucionario en los días de peligro para los soviets, en lucha implacable contra los enemigos de la revolución, pero que a cada paso chocea con los bolchevistas en nombre de su carácter indisciplinado; luego ingresa en el partido comunista y es enviado como director de un gran establecimiento, donde revela su carácter profundamente burgués, aunque continúa siempre con la revolución. Una de sus ambiciones es vivir principescamente, comer y beber bien, vestir con elegancia, etc. Nosotros no sabemos en qué ha podido consistir su anarquismo. Pero para un comunista, cualquiera que sea, no existe ningún reparo ni ningún escrúpulo cuando se trata de poner en ridículo la anarquía o los anarquistas.

Por lo demás, los relatos de la Kollontay, a quien hemos conocido ya por su crítica a las desviaciones comunistas mismas, como cabeza principal de aquel movimiento de la oposición obrera, hoy en otras manos y denominado comunismo de izquierda, esos relatos son muy instructivos y no disminuyen el asco ante la burocracia soviética, la insolencia de los especuladores de la Nueva Política Económica, la corrupción administrativa ni dejan de revelar el desencanto de los bolchevistas de buena fé de la primera hora, hondamente inspirados por sentimientos proletarios, pero sin embargo impotentes para dar un nuevo curso a la vida política del país.

Si un anarquista se permitiera en Rusia decir la mitad de lo que dice Kollontay en los relatos que comentamos, sería inmediatamente enviado a Siberia.

D. A. de S.



Precio: \$ 1.50 m/n Encuadrado en tela, \$ 3.50

JUAN GRAVE
Cómo se mata una propaganda (1918-20)

(Continuación)

Según mi opinión, el número de los suscritores recogidos no es suficiente para hacer de la publicación actual un verdadero órgano de propaganda. Su conformación actual me parece ser un obstáculo a su desarrollo.

3.—Se debía reunir igualmente un número suficiente de suscritores permanentes a fin de prevenir los déficits, si los hubiese, o para ampliar la propaganda; esa condición no se ha cumplido tampoco.

4.—Nada se hizo para asegurar una colaboración suficiente, de modo que no sean siempre los mismos nombres los que se repitan.

El movimiento social internacional, que fué preocupación constante de los que hicieron la *Révolte* y los *Temps Nouveaux*, no ha sido organizado. Si debemos reconstituir los *Temps Nouveaux*, debemos poner en pie algo al menos igual a la antigua publicación. Y si nos es imposible estar seguros de triunfar, sepamos poner de nuestra parte la mayor suma de probabilidades posible. Esas probabilidades las veo en las medidas enumeradas más arriba.

Por mi parte, no puedo asociarme más que a la obra que las cumpla. Si queréis reflexionar un poco al respecto, seréis de mi opinión.

Cordialmente, — Jean Grave.

Tampoco eso fué insertado, pero se me envió a Tchekosof y a Paul Reclus que vinieron a explicarme que "por el bien de la propaganda debíamos quedar unidos. Tal vez los camaradas tuvieron el error:

de ser tan precipitados, pero al obrar así habrían creído obrar del mejor modo, que lo hecho hecho estaba y que había que pasar la esponja y tratar de trabajar juntos."

Yo fui bastante tonto para dejarme convencer. — ¿Convencer? No, pero prometí hacer lo que pudiera para marchar con ellos.

Se debía enviarme el original, yo debía corregir las pruebas.

Durante varios números me encontré con Pierrot en casa de Guerin donde examinaba el original que se quería remitirme.

Eso era una pura comedia, porque al leer las pruebas encontraba artículos que no se me había mostrado o contra los cuales yo había hecho objeciones.

Una sola vez, antes del incidente con motivo del artículo necrológico sobre Guerin, pedí que se suprimiese un artículo que me pareció demasiado derrochista, se me rehusó. Pierrot alegó que no encontraba nada que decir en él, que además lo dió "a leer a su hija, que lo juzgó excelente!". ¿Era serio Pierrot? Yo le dejé hacer. Había prometido hacer lo posible por ayudar.

Lo que había en el fondo es que el autor era un amigo de regimiento de Guerin. Era la "redacción de los camaradas" lo que comenzaba. Cosa que yo había evitado toda mi vida.

Llegó el incidente Guerin. Fué preciso la cruz y la bandera para hacer insertar mi protesta, que se rehusó incluir en el cuerpo de la revista, haciéndolo en una hoja aparte.

Errico Malatesta (6)



EN EL CAFÉ

profundo instinto social humano que provoca los mil actos de solidaridad, de simpatía, de abnegación, de sacrificio que se realizan en todos los momentos, sin per su quiera en ellos, y que hacen posible que la sociedad perdure no obstante las causas de disolución que lleva en su seno.

El hombre es al mismo tiempo egoísta y altruista y lo es en su misma naturaleza, diré así, biológica, presocial. Si no hubiese sido egoísta, es decir si no hubiese tenido el instinto de la propia conservación, no habría podido existir como individuo; y si no hubiese sido altruista, es decir si no hubiese tenido el instinto de sacrificarse por los demás, cuya primera manifestación se encuentra en el amor a la prole, no habría podido existir como especie ni, con mayor razón, llegar a la vida social.

La coexistencia del sentimiento egoísta y del sentimiento altruista y la imposibilidad en la sociedad actual de satisfacerlos a ambos hace que hoy ninguno esté contento, ni siquiera los que ocupan una posición privilegiada. Al contrario, el comunismo es la forma social en donde el egoísmo y el altruismo se confunden o tienden a confundirse — y todos los hombres lo aceptarían, porque originará el bien suyo y el bien de los demás.

Ambrosio. —Será como usted dice; pero cree que todos querrán y sabrán adaptarse a los deberes que impone una sociedad comunista? Si, por ejemplo, la gente no quisiera trabajar? Si, usted lo acomodará todo, en la imaginación, como mejor le agrade, y me dirá que el

trabajo es una necesidad orgánica, un placer, y que todos rivalizarán para tener la mayor parte posible de ese placer.

Jorge. —Yo no digo eso precisamente, aunque sea la opinión de muchos de mis amigos. Según mi manera de ver, lo que es una necesidad orgánica y un placer es el movimiento, la actividad tanto muscular como nerviosa; pero el trabajo es actividad disciplinada en vista de un fin objetivo, exterior del organismo. Y yo se muy bien que uno puede preferir los ejercicios ecuestres cuando, al contrario, sería necesario plantar coles. Pero eso que el hombre sabe adaptarse y se adapta muy bien a las condiciones necesarias para llegar al fin que persigue.

Dado que los productos que se obtienen del trabajo son necesarios para vivir, y nadie tendría los medios para obligar a los demás a trabajar para él, todos reconocerían la necesidad de trabajar, y preferirían la organización donde el trabajo fuese menos penoso y más productivo como es, según mi opinión, la organización comunista.

Considere además, que en el comunismo son los mismos trabajadores los que organizan y dirigen el trabajo, y por consiguiente, tienen el mayor interés en hacerlo agradable y fácil; considere que en el comunismo se formaría naturalmente una opinión pública que condenaría la ociosidad como perjudicial a todos y comprendería que aunque hubiera ociosos, no serían más que una minoría insignificante que se podría compadecer y soportar sin daño sensible.

Ambrosio. —Pero supóngase que, apesar de sus previsiones optimistas, los ociosos fuesen muchos, ¿qué harían? ¿Los mantendrían lo mismo? ¿Entonces sería lo mismo mantener a los que llama burgueses!

Jorge. —En verdad existiría una diferencia y grande; pues los burgueses no sólo nos quitan una parte de lo que producimos, sino que nos impiden producir lo que queremos. Yo no digo de ningún modo que habría que mantener los ociosos cuando fuesen tan numerosos como para originar perjuicios; tanto más cuanto que el ocio y el hábito de vivir a su capricho les daría también la idea de mandar. El comunismo es un pacto libre; el que no lo acepta, o no lo mantiene, queda fuera.

Ambrosio. —¿Pero entonces habría una nueva clase de desheredados?

Jorge. —De ningún modo. Todos tienen derecho a la tierra, a los instrumentos de trabajo y a todas las ventajas de que puede gozar el hombre en el estado de civilización a que ha llegado la humanidad. Si uno no quiere aceptar la vida comunista y las obligaciones que implica, es cuestión suya. Se acomodará como crea con aquellos con quienes esté de acuerdo, y si se encuentra peor que los demás, eso le demostrará la superioridad del comunismo.

Para llegar a esa inserción he debido someter dos o tres textos y cambiar gran número de cartas.

He aquí el esbozo de una de esas cartas que vuelvo a encontrar:

"Robinson, 2—3.

Mi querido amigo,

Estoy roto de amigos — es lo que se me asegura en diversas cartas que están llenas de estima hacia mí, claro está. Solo que le confieso que en el caso presente habría preferido tener que ver con enemigos declarados — no habría obrado de otro modo que mis "buenos amigos" — desde hace mucho tiempo habría sabido como obrar yo mismo.

No se quiere insertar mi rectificación. Sea. — Le advierto que, de una manera o de otra, llegará a los que debe llegar. Eso no hará más que envenenar las cosas. Si es eso lo que se quiere, se obtendrá.

Más que nadie tengo derecho a hablar porque se trata de lo que concierne a *Temps Nouveaux*. Los treinta años que les he consagrado me dan ese derecho. — Y venir a decir que es gracias a otro — cuando es falso — que han podido reaparecer, es tratarme demasiado como cantidad insignificante. Yo no lo acepto. Si dejase las cosas, dejaría reanimarse esa leyenda, acortado su veracidad.

"No se discute una nota necrológica". — Justamente, yo reprocho a su autor el haber tenido el jesuitismo de colocar esa mentira en líneas consagradas a Guerin, para quitarme el derecho a rectificarla. ¿Por qué esos famosos amigos no han suprimido antes de que llegase al público el pasaje incriminado? Eso no era ninguna injusticia para con Guerin y me daba satisfacción.

Se ha rehusado suprimirlo, porque el autor — que es el que mueve los títeres — pensó que ese sería un comienzo de justificación del golpe de Estado que él no ha realizado. Es insinuar, sin tener el aire de hacerlo, que si no se me hu-

biera forzado la mano, *Temps Nouveaux* no habrían reaparecido.

En *Temps Nouveaux* hareis lo que queráis, no seréis tomados como traidores. Si el debate no se liquida entre nosotros, se liquidará en público.

Si se inserta, continuará mi colaboración, pero eludiré toda responsabilidad en la composición de los números donde se insertan cosas absurdas.

Si se me rehusa, se publicará sin embargo y yo seré eliminado del periódico.

Es sin duda lo que se quiere.

Cordialmente.

J. Grave".

Se ejecutaron, pero de mala gana, como se explicó.

Entre tanto una compañera que marchaba con ellos vino a verme "para hacerme entrar en razón".

He aquí un esbozo de carta que vuelvo a encontrar referente a esa visita.

Robinson, 15-5-1920.

Mi querido compañero,

G. ha sido perfectamente injusto al detener la composición de mi protesta, visto que me atengo a lo que he dicho.

En cuanto a mi apereza, cuando vosotros hayáis sido tratados como yo lo he sido, volveréis a hablarme. G. ha dicho que esa discusión no era digna de nosotros. Soy de su opinión. No por las mismas razones.

Desde que comenzó no hago más que chocar en contradicciones, en desmentidos de los hechos más patentes, en escapatorias, en deformaciones, de mis palabras y de mis pensamientos. Somos pues naturales sin buscar el mediocritad de las 2 de la tarde.

Los que dieron a luz el periódico sin haber cumplido ninguna de las condiciones requeridas, no tienen más que una excusa, y es que creían necesaria su reaparición inmediata.

Buscar otras es ponerse en la postura de las gentes que, cogidas in fraganti, se

nismo y le impulsará a unirse con los comunistas.

Ambrosio. —¿Pero entonces uno sería libre de aceptar o no el comunismo?

Jorge. —Ciertamente; y tendría los mismos derechos que tendrían los comunistas sobre las riquezas naturales y sobre los productos acumulados por las generaciones pasadas; ¿Qué diablo! ¿No le hablé siempre de libres acuerdos, de comunismo libre? ¿Cómo podría haber libertad si no hubiese alternativa posible?

Ambrosio. —¿Por tanto usted no quiere imponer sus ideas con la fuerza?

Jorge. —¿Está usted loco? ¿Nos toma por carabineros... o por magistrados?

Ambrosio. —Entonces bien, nada hay de malo. Cada cual es libre de sonar lo que quiera.

Jorge. —Cuidado, sin embargo, con equivocarse; una cosa es imponer las ideas y otra es defenderse de los ladrones y de los violentos, y reconquistar los propios derechos.

Ambrosio. —¿Ah, ah! por consiguiente para reconquistar los derechos emplearán la fuerza, ¿no es así?

Jorge. —Eso no se lo diré. Usted podría tejer sobre mi respuesta una requisitoria contra nosotros en algún proceso. Lo que le diré es que, ciertamente, cuando el pueblo tenga conciencia de sus derechos y quiera terminar... ustedes correrán el riesgo de ser tratados un poco rudamente. Pero eso dependerá de la resistencia que opongan. Si ceden de buena gana, todo será paz y amor; si en cambio, se obstinan, y yo estoy convencido que se obstinarán, tanto peor para ustedes.

Buenas noches.

VIII

Ambrosio. —¿Sabe usted? Cuanto más pienso en su comunismo libre más me persuado de que es usted... un hermoso original.

Jorge. —¿Y por qué?

Ambrosio. —Porque habla siempre de trabajo, de disfrute, de acuerdos, de pactos, pero de autoridad social, de gobierno no habló nunca. ¿Quién regulará la vida social? ¿Quién será el gobierno? ¿Cómo será constituido? ¿Quién lo elegirá? ¿Cuáles serán los medios de que dispondrá para obligar a respetar las leyes y para castigar a los contraventores? ¿Cómo serán constituidos los varios poderes, legislativo, ejecutivo y judicial?

Jorge. —De todos esos poderes suyos nosotros no sabemos qué hacer. Nosotros no queremos gobierno. ¿No sabe aún que soy anarquista?

Ambrosio. —¿No le digo que es usted un original? Comprendería aún el comunismo y admito que podría ofrecer grandes ventajas, pero si todo fuese regulado por un gobierno instruido que tuviese la fuerza de im-

serven de la primera mentira que se les ocurre para excusarse.

Mi ausencia no tenía nada que ver en la aparición o no reaparición del periódico. La propaganda que había que hacer para posibilitar su reaparición, yo podía hacerla desde no importa donde.

Creer que un periódico se dirige a 300 suscriptores — pongamos 500 si Vd., quiere — que no tienen — podrá tener la menor influencia en el curso de los acontecimientos, hay que estar inflado de fatuidad para imaginarlo, o haber perdido todo sentido de las proporciones.

Se puede tener el deseo de decir la propia opinión sobre lo que pasa. Todos tenemos ese prurito y todos estamos convencidos de lo que decimos puede tener alguna influencia. Solo que no hay que exagerar. Esa influencia no puede hacerse sentir más que a la larga, en el curso de la evolución. Que lo que tenemos que decir sea dicho hoy, dentro de seis meses o de dos años, eso no tiene la menor importancia.

Y yo continuo afirmando que, para satisfacer algunas pequeñas vanidades, no tenemos el derecho de comprometer el porvenir.

A otros les está permitido pensar de otro modo. Sin duda.

Pero los que aceptaron las condiciones que yo propuse para la reaparición de *Temps Nouveaux*, que las firmaron conmigo en el primer manifiesto, no tenían el derecho de cubrirse con ese manifiesto y obrar contrariamente a lo que habían firmado. Sin constatar al menos ese nuevo giro de su pensamiento.

Como he dicho, yo no rompo; pero quiero una situación clara para cada uno. Continuaré enviando artículos — que se podrá rehusar — pero no aceptaré ninguna corrección que no me haya sido sometida.

Continuaré proporcionando folletos y expidiendo a medida de las necesidades, pero a condición de que se me tenga al

corriente de lo que se hizo para liquidar las deudas. Su venta ha superado ya el importe de esas deudas. Yo quisiera saber donde están las sumas obtenidas.

Cordialmente
J. Grave."

Después de todas estas tiranteces enumeradas en la carta transcrita, mi error fué no haber roto de inmediato. Como he explicado al romper con ellos me encontraba solo y el aislamiento no facilita el trabajo en la propaganda. Continué todavía. Sufrí un montón de pequeñas picaduras que al fin me hicieron comprender que teníamos bastante los unos de los otros.

Cuando hacíamos *Temps Nouveaux* se juzgaba el periódico aburrido, no vivaz, demasiado teórico, sin tenerse bastante al corriente de la vida cotidiana.

Teniendo tiempo para leer las publicaciones, resumía en el curso de mis lecturas todos los hechos interesantes desde un punto de vista cualquiera. Eso era regularmente echado al cesto.

No interesándose nadie por la bibliografía, se me dijo. Eso me interesaba. Traté de hacerla a conciencia. Llegó a la redacción un solo volumen interesante. Se me le remitió al fin de seis meses a pesar de mis reclamaciones reiteradas. — Un camarada de Guérin lo había tomado para leerlo...

No queriendo pasar por un farsante ante el autor y los editores, di, en mi resumen, las razones de mi retardo en hablar del libro. Se suprimió el pasaje.

En fin, el colmo, llegó a mis oídos que el señor Bertrand — siempre él — volviendo con la idea que lo había podido desviar al comienzo — la idea de poner el periódico por acciones — iba a fundar una cooperativa de librería y que la edición de la revista sería confiada a esa cooperativa.

Yo no tenía ninguna objeción contra la cooperativa misma, pero mi modo de ver sobre la organización de un periódico, que expliqué más arriba, haré com-

prender a cada uno la cólera que me invadió al saber esa noticia.

Escribí a Pierrot que estaba cansado de todo eso, que convocase a sus cómplices. Que a título de conciliación quería que se abandonase el título de *Temps Nouveaux*. Con esa condición sólo continuaría colaborando con ellos, sino tendríamos la guerra.

La reunión tuvo lugar. Estaban presentes una docena de camaradas entre ellos el llamado Bertrand. Un personaje muy encumbrado. Quiere saberlo todo, conocer cada cosa mejor que aquellos que se dedican especialmente a ella, capaz de dar lecciones de medicina a un médico, de arquitectura a un arquitecto y así por el estilo. La señora P. le llamaba "Yo sé todo".

Siempre lleno de proyectos y de promesas, salvo olvidarlas en cuantos las hizo.

Estaba acompañado de su hijo, demasiado joven para haber estado mezclado en la propaganda de antes de la guerra, pero sin embargo lleno de suficiencia como su padre.

Bertrand comenzó a pontificar. Era por solidaridad hacia mí que se tomó el nombre de *Temps Nouveaux*. Eran pagados con la más negra ingratitud. Pero era bastante magnánimos para pasar por sobre eso, sin olvidarse de hablar de los sacrificios que pretendía haber hecho por la propaganda.

No habiendo venido para escuchar al señor Bertrand, le interrumpí cuando vi que iba a hablar toda la sesión.

Di mis razones por las cuales no podía continuar con ellos. Enumeré todos los hechos capaces de interesar a los lectores, hechos resaltar por mí en diversas publicaciones y regularmente enviadas al canasto sin explicación. La supresión de la nota en mi bibliografía — la puesta del periódico bajo el control de una cooperativa, etc.

Una voz de falsete se hizo oír desde un rincón, proclamando que la supresión era cosa del que hablaba, que era preci-

so, después de todo, tener en cuenta al lector.

Dejé pasar, expliqué que habiéndoles hecho convocar la reunión para discutir el abandono del título, era eso lo que yo quería que se discutiera. Y levantándome, salimos de la habitación mi mujer y yo.

Pierrot — era en su casa donde pasaba eso, corrió ante nosotros, diciéndome que no me marchara, que las cosas se arreglarían, y que esperase el fin de la sesión. Diciendo eso nos hizo pasar a otro cuarto.

La pieza en que nos hizo entrar era adyacente a la que reunía el aréopago. Fragmentos de la discusión llegaban a nuestros oídos.

—Si renunciáis al título decía Bertrand, viene el fracaso seguro, mientras que os prometo 1500 suscriptores antes de tres meses...

¡Olá! no era solamente por mis bellos ojos que se habían acaparado del título de *Temps Nouveaux*.

Murmullos de voces, algunas palabras que no entendí. Otros cuchicheaban, después la voz de C. — que no había hecho nada nunca por el periódico — dijo: "Después de todo Grave no era más que nuestro mandatario en *Temps Nouveaux*!" —El colmo.

Otros murmullos. La sesión había terminado. Pierrot vino a libertarnos, declarando que no se había tomado decisión. Que nos haría saber. Pero al día siguiente recibí una carta diciéndome que le había sido desagradable decirme verbalmente, pero que los camaradas habían decidido conservar el título.

Eso, pues, era la ruptura. Pero como de los 300 suscriptores que habían reunido había 275 que eran antiguos suscriptores de *Temps Nouveaux*, hubo algunos a quienes pareció extraña mi exclusión y escribieron para protestar y pedir explicaciones.

Dos de ellos me comunicaron las que habían recibido.

(Concluyó)

poner a todos el respeto a la ley. Pero así, sin gobierno, sin leyes! ¿Que maremagnum no sería?

Jorge. —Lo preveía: antes era contrario al comunismo diciendo que éste tiene necesidad de un gobierno fuerte y centralizado; ahora, después de oír hablar de una sociedad sin gobierno, aceptaría incluso el comunismo siempre que hubiese un gobierno de puno de hierro. En suma, es la libertad la que le causa miedo.

Ambrosio. —Eso querría decir que para huir de un escollo se va a dar en otro. Lo que es cierto es que una sociedad sin gobierno no puede existir. ¿Cómo quiere que las cosas puedan marchar sin regla, sin norma de conducta de ninguna especie? Sucedería que uno querría ir a la izquierda, otro a la derecha y la barca quedaría quieta, o más bien iría al fondo.

Jorge. —Yo no le he dicho que no quiero ni reglas ni normas. Le dije que no quiero gobierno, y entiendo por gobierno un poder que hace la ley y la impone a todos.

Ambrosio. —Pero si ese gobierno es elegido por el pueblo no representa más que la voluntad del pueblo mismo. ¿De qué podrá usted quejarse?

Jorge. —Eso no es más que una mentira. Una voluntad popular, genérica, abstracta, no es más que una patraña metafísica. El pueblo está compuesto de hombres, y los hombres tienen mil voluntades diferentes y variables según la diversidad de temperamentos y de circunstancias, y querer obtener de ellos, con la operación mágica de las urnas, una voluntad general, común a todos, es simplemente un absurdo. Sería ya imposible para un hombre solo encargar a otro que siguiera su voluntad en todas las cuestiones que pudieran presentarse durante un determinado tiempo; porque ese hombre no podría decir al mismo anticipadamente cuál sería su voluntad en las diversas ocasiones. ¿Cómo podría decirlo una colectividad, un pueblo, cuyos miembros están en desacuerdo en el momento mismo de dar el mandato?

Piense sólo un momento en el modo de hacer las elecciones — y advierta que entiendo hablar del modo cómo se podrían hacer cuando todos los hombres fuesen instruidos e independientes y por consiguiente el voto perfectamente consciente y libre. Usted, por ejemplo, vota por el que estima más adecuado para defender sus intereses y aplicar sus ideas. Eso es ya conceder mucho, porque usted tiene tantas ideas y tanta diversidad de intereses que no podrá encontrar un hombre que piense como usted siempre y sobre todas las cosas; pero, además, aquel a quien le da su voto, ¿será el que le gobernará? De ningún modo. Ante todo su candidato podrá fraear y por lo tanto su voluntad no tendrá ya parte alguna en la llamada voluntad popular: pero supongamos que triunfe.

¿Será, por eso, su gobernante? Ni en sueños. No será más que uno entre tantos (en el parlamento italiano,

por ejemplo, uno entre 335) y usted será realmente gobernado por una mayoría de personas a quien no ha dado mandato alguno. Y esa mayoría (cuyos miembros han recibido tantos mandatos diferentes o contradictorios, o mejor dicho no han recibido más que una delegación general de poderes, sin ningún mandato determinado), imposibilitada, aunque quisiera, para expresar una voluntad general que no existe y para contentar a todos, hará como le parezca o como les parezca a aquellos que dominan momentáneamente.

Vamos, es mejor dejar a un lado esa vieja ficción del gobierno que representa la voluntad popular.

Hay ciertas cuestiones de orden general sobre las cuales, en un momento dado, todo el pueblo se encuentra de acuerdo. Pero entonces, ¿para qué sirve el gobierno? Cuando todos quieren una cosa no necesitan más que hacerla.

Ambrosio. —Pero, en suma, usted admitió que necesitamos reglas, normas de vida. ¿Quién deberá establecerlas?

Jorge. —Los mismos interesados, aquellos que deban seguir esas normas.

Ambrosio. —¿Y quién impondrá ese respeto?

Jorge. —Nadie, porque se trata de normas libremente aceptadas y libremente seguidas. No confunda usted las normas de que le hablo, que son convenios prácticos basados en el sentimiento de la solidaridad y en la preocupación que todos deberán tener por el bien colectivo, con la ley, que es una regla prescripta por algunos e impuesta por la fuerza a los demás. Nosotros no queremos leyes, sino pactos libres.

Ambrosio. —¿Y si alguien viola el pacto?

Jorge. —¿Por qué habría de violarlo si el pacto le conviene? Por lo demás, si fuera violado, eso serviría para advertir que el pacto no satisface a todos y que hay que modificarlo. Y todos buscarían un arreglo mejor, porque todos tienen interés en que nadie esté descontento.

Ambrosio. —Por lo tanto, según parece, usted sueña con una sociedad primitiva en la que cada cual haría lo que necesita por sí mismo y las relaciones entre los hombres serían pocas, restringidas y elementales.

Jorge. —Nada de eso. Desde el momento que la multiplicidad y la complejidad de las relaciones produce a los hombres mayores satisfacciones morales y materiales, nosotros trataremos de tener las relaciones más numerosas y complejas posibles.

Ambrosio. —Pero entonces tendrán necesidad de delegar funciones, de dar encargos, de nombrar representantes para establecer los acuerdos.

Jorge. —Ciertamente. Pero no crea que esto equivale a nombrar un gobierno. El gobierno hace la ley y la impone, mientras que en una sociedad libre las delegaciones no tienen más que encargos determinados, temporales, para hacer ciertos trabajos, y esos encargos no dan derecho a ninguna autoridad y a ninguna compensación especial. Y las resoluciones de los delegados están siempre sujetas a la aprobación de los mandantes.

Ambrosio. —Pero usted no supone que todos estarán de acuerdo. Si hay gente a quien no convenga el orden social de ustedes, ¿qué harán?

Jorge. —Esa gente se arreglará como era mejor, y nosotros y ellos tomaremos acuerdos para no perjudicarnos recíprocamente.

Ambrosio. —¿Y si los otros quieren molestarles?

Jorge. —Entonces... nos defenderemos.

Ambrosio. —Ah, ¿pero no ve que de esa necesidad de defensa puede nacer un nuevo gobierno?

Jorge. —Ciertamente que lo veo. Es precisamente por eso que le he dicho siempre que la anarquía no es posible más que después de haber sido eliminadas las mayores causas de conflicto, y cuando el acuerdo se haya convertido en interés de todos y el espíritu de solidaridad esté bien desarrollado entre los hombres.

Si se quisiera realizar hoy la anarquía, dejando intacta la propiedad individual y las otras instituciones sociales que se derivan de ella, pronto estallarían tal guerra civil, que un gobierno, aunque tiránico, sería acogido como una bendición.

Pero si al mismo tiempo que establece la anarquía suprime la propiedad individual, las causas de conflicto que subsistan no serán insuperables y se llegará al acuerdo, porque con el acuerdo todos serán beneficiados.

Por lo demás se entiende que las instituciones valen lo que valen los hombres que las hacen funcionar, — y que la anarquía especialmente, que es el reino del libre acuerdo, no puede existir si los hombres no comprenden los beneficios de la solidaridad y no quieren ponerse de acuerdo.

Para eso hacemos propaganda.

IX

Ambrosio. —Déjeme volver sobre su comunismo anárquico. Francamente no puedo tragarlo...

Jorge. —Oh, lo creo. Después de haber pasado toda la vida entre los códigos y las pandectas defendiendo el derecho del Estado y el del propietario, una sociedad sin Estado y sin propietarios en donde no habrá rebeldes y hambrientos que condenar a galeras le debe parecer algo del otro mundo.